

FRAY MOCHO

LA
RIOJA



—¡Es inútil! No puedo meter ninguna en la red.

Z/12135: 8, 265 (1919)

Su largo servicio significa un costo más reducido.

Los favorecedores de los neumáticos GOODYEAR no tienen que luchar con los problemas de los neumáticos que tanto disgustan a los automovilistas.

Emplear esta acreditada marca de neumáticos equivale a decir gozar del kilometraje máximo, confort y satisfacción absoluta.

Debido a su larga experiencia todo automovilista inteligente sabe que cada centavo invertido en la compra de un neumático GOODYEAR le rinde un valor insuperable representado por la inmejorable calidad del mismo.

Actualmente se venden más neumáticos GOODYEAR en las Américas que de cualquier otra marca.

Es un axioma tan claro como la luz del día que únicamente un neumático sin igual puede gozar de una preferencia tan marcada.

The Goodyear Tire & Rubber Co. of South America

ESMERALDA, 601 esq. TUCUMAN — Bs. Aires

REPRESENTANTES:

En Rosario: ARROSAGARAY & AMELONG.

En Córdoba: DILEVSEN & Cía.

En B. Blanca: DUPRAT. AGUIRREZABALA & Cía.

En Tres Arroyos: JUAN B. ISTILLART & Cía.

En Concordia y Concepción del Uruguay: HUFNAGEL, PLOTTIER & Cía.



GOODYEAR

FRAY MOCHO

Año VIII

Buenos Aires, 22 de abril de 1919

Núm. 365

Mar de fondo pedagógico

El gremio estudiantil se halla agitado. No es una novedad. Desde tiempo inmemorial, en todas las épocas y en todos los países, obedeciendo a una necesidad del temperamento juvenil y revolucionario, los estudiantes tienen algo que reclamar. Invariablemente, al lado de la enormidad de su alegría, cuando se trata de exhibirla, fermenta en sus espíritus la protesta agigantada ante las fealdades pedagógicas, las tiranías, las trabas y pequeneces de los reglamentos y de la rutina. Es una de tantas veces en que desborda en conflicto el estado de oposición permanente entre la obra fría y calculada de los hombres maduros, autores de la ley, y los anhelos de libertad y de expansión de los muchachos, víctimas jamás resignadas de los ergos y distinguos de la autoridad.

En esta ocasión, la desinteligencia ha tomado como pretexto las condiciones de ingreso a la Facultad de Medicina. Mientras por un lado los nuevos bachilleres pretenden hacerlo sin mayores formalidades, con la simple exhibición de su diploma; por otro, la Facultad, basándose en consideraciones sabias, exige, además del diploma, un examen previo de competencia. Lo que complica pavorosamente el problema es que los alumnos actuales de la casa, llevados de un noble deseo de depuración estudiantil, también consideran indispensable este último temperamento; y el decano, tomado entre dos fuegos, presentó la renuncia del cargo.

Naturalmente, ignoramos quién tiene razón. Se trata de un problema concreto de técnica y de moral universitaria, y es justo que la solución no dependa de criterios profanos. Cuando la Facultad y los viejos estudiantes de la casa afirman que el resplandeciente certificado de bachiller no constituye una prueba de competencia, pues son infinitos los casos de salvaje ignorancia de los interesados, parece que tuvieran razón. En realidad, los estudios médicos son demasiado serios en sí mismos para dejarlos libremente al alcance de cualquier jovencito sin preparación. Pero cuando a su vez los noveles bachilleres, dueños de una experiencia relativa, últimamente reforzada por la de sus papás, que también terciaron en el asunto, claman contra la inanidad del examen y hablan alto de su des crédito, de lo conocidamente fracasado del sistema, de la frecuencia abrumadora con que los audaces y los simuladores triunfan en él, mientras caen heridos de muerte los tímidos y sapientes, también parece que la razón los acompañara.

A lo que se vislumbra, pues, en el conflicto no media ninguna cuestión de derecho ni se debate otra cosa que el grado de saber de los ingresantes, que para éstos es suficiente, mientras para la Facultad resulta a priori sospechoso, y por lo mismo necesitado de comprobación por el único medio disponible: el examen.

Pero ¿por qué existe la cuestión? ¿Por qué friamente puede ocurrir que el certificado de bachiller no sea más

MAÑANA O PASADO



—¿Y eso?
—No sé para qué sirve... Me la dió un rey.

que un vano papelucho sin importancia, que a lo sumo acredite la audacia de su poseedor, y en modo alguno, ante la evidencia de su inferioridad, la demostración de su cultura? He aquí el gran fondo del asunto; he aquí el formidable interrogante

que por sí solo equivale a una piedra arrojada contra el frágil frontispicio de nuestra aparatosa construcción educativa. Las causas inmediatas y remotas de que haya bachilleres ignorantes no pueden imputarse a los muchachos, sujetos pasivos de los regla-

BERLIN PINTORESCO



Unter der Linden.

mentos y de los decretos; oyentes silenciosos de un rum-rum profesoral, a menudo equivalente a una cascada de ineptias. Todos sabemos que salvo honrosas excepciones, el personal docente de las escuelas secundarias no se recluta entre los mejores elementos intelectuales. Hijos de la política, de la amistad, del favor, del azar; ¡así andan esas gramáticas y geografías y demás historias de nuestros famosos colegios nacionales! ¡Así andan esos planes de instrucción, así andan esos criterios ministeriales, así anda en la República el asunto más grave y trascendental de su desenvolvimiento y progreso: la cultura del pueblo!

Pero... el hilo se corta por lo más delgado. "Los muchachos tienen la culpa", exclaman los doctos y los sabios. ¿Y ellos?—decimos los demás—¿no son ellos los responsables?

ESPECTADOR.

Ni emisión ni reconsideración

El ambiente religioso de la semana no ha sido propicio a la actividad política, reanudada desde ayer. Con todo, hasta los mismos católicos militantes, una vez conocida su resolución de organizarse en fuerza electoral, no han dejado aprovechar el tiempo, entre los paréntesis del culto, para comentar, como todo el mundo, las perspectivas abiertas por el rechazo del Senado al proyecto del P. E. sobre el préstamo a los aliados.

Puede decirse que no hay dos opiniones en la materia. Que se les conceda todo—dice el pueblo simpatizante con la idea madre del proyecto—con tal que para satisfacer a las naciones amigas no haya que apelar en momento alguno al recurso monstruoso y unánimemente reprobado de las emisiones. La alta cámara ha estado, pues, en lo justo al rechazar el proyecto en la forma presentada por el gobierno, como estará también en lo cierto no consintiendo en la enormidad constitucional de reconsiderar el asunto en el actual período de sesiones.

Lo que nos faltaba

Sabíamos que el paludismo en el interior y diversos flagelos en todo el país, hace rato que ponen a prueba la famosa salubridad de nuestro territorio. Pero nadie tenía idea de las proporciones reales de este daño de la mala salud, hasta que la Sanidad del Ejército acaba de revelarnos que solo el 67.2 % de los examinados para ingresar a las filas resulta apto para el servicio. La pavorosa demostración exige un estudio minucioso de las causas determinantes de tan ingrato fenómeno. No es posible cruzarse de brazos o dedicar todas las horas del día a la estéril política, cuando los más caros intereses de la nación, los relacionados con la salud pública, pelean de la manera desastrosa que por desgracia comprobamos.

LA PIERNA

(CUENTO SUIZO)

I

A fines de 1782 recibió el cirujano Luis Thevenet, de Calais, una carta anónima por la que se le invitaba a ir al día siguiente a una quinta situada a poca distancia de la carretera de París, advirtiéndole de paso que llevara consigo todos los instrumentos necesarios para hacer una amputación.

Thevenet tenía fama en aquella época de ser el hombre más hábil de su arte, y no era cosa rara el que se le llamara del otro lado del canal de la Mancha para que prestara sus servicios.

Durante mucho tiempo fué cirujano de ejército, y debido a esta circunstancia había adquirido cierta brusquedad de modales; sin embargo de ello, era un hombre muy querido y apreciado por su natural bondad.

Thevenet, pues, se asombró de que la carta en cuestión viniera sin firma. El día, la hora, y el paraje, todo estaba indicado; lo único que faltaba era el nombre del remitente.

—Sin duda es algún bromista que quiere divertirse a mis expensas—se dijo para sus adentros, y no acudió al llamado.

Pero tres días después recibió una nueva invitación mucho más urgente todavía. En ella le advertían que a las nueve de la mañana del día siguiente un carruaje le aguardaría en la puerta de su casa.

En efecto, a la hora indicada detúvose delante de su domicilio una elegante calea. Y Thevenet, urgido por la curiosidad, se decidió a subir a ella.

Después de algún tiempo de camino llegaron a una quinta apartada y solitaria.

—¿En casa de quién estamos? ¿Quién vive ahí? ¿Cómo se llama el enfermo?—preguntó Thevenet al cochero antes de echar pie a tierra.

Pero no pudo obtener respuesta. En el umbral de la puerta le recibió un joven como de veintiocho años, y le condujo a un salón.

Por su acento se comprendía claramente que era un inglés.

Thevenet se dirigió a él preguntándole:

—¿Es usted, señor, quien me ha hecho llamar?

—Y le agradezco mucho su condescendencia—contestó el inglés.—¿No quiere usted descansar un momento? Aquí tiene chocolate, café y vino: tomará usted algo antes de efectuar la operación.

—Veamos antes al enfermo, señor; es preciso examinar al paciente antes de decidir si la operación es pertinente.

—No corte prisa, señor Thevenet; tenga usted la bondad de tomar asiento. Tengo confianza en usted; escúcheme. Aquí tiene usted una bolsa que contiene cien guineas, y si usted acepta no quedará limitado solamente a eso el testimonio de mi gratitud; pero en cambio, si rehusa, mire usted estas dos pistolas cargadas... Pues bien, las descargo contra usted.

—Sus armas, señor, no me asustan absolutamente; pero ¿qué es lo que pretende usted de mí? Respóndame, le pido sin preámbulos. ¿A qué se me ha traído aquí?

—A que me corte usted la pierna derecha.

—Con todo gusto, señor, y la cabeza también, si así le place. Si no me engañó, su pierna está perfectamente sana. Me precedía usted en la escalera tan ágil como un bailarín. ¿Qué le falta, pues, a su pierna?

—Nada; quiero verme libre de ella.

—¿Pero usted está loco?

—No se preocupe de ello, señor Thevenet.

EQUIVOCACION



—Por favor, Josefina en la calle no... espere que entre.

—Señor, yo no le conozco; deme una prueba de que se halla en su sano juicio, testigos...

—¿Quiere usted cortarme la pierna? ¿Sí o no, señor Thevenet?

—No tengo el menor inconveniente, siempre que me dé usted alguna razón sólida, para que proceda a mutilarle.

—Yo no puedo confiarle la verdad... Algún día tal vez... Pero le apuesto a usted, señor, le apuesto que entonces convendrá usted conmigo en que tenía los más nobles motivos para privarme de esta pierna.

—Yo no apuesto a nada, a menos que no me diga usted su nombre, su domicilio, qué familia tiene y cuál es su ocupación.

—Más tarde sabrá usted todo esto; por el momento no me es posible decirselo; pero téngame por un hombre de honor.

—Una persona de honor no amenaza a su médico con una pistola. Yo no le mutilaré a usted sin necesidad. ¿Tiene usted ganas de asesinar a un padre de familia? Pues bien, aquí tiene usted mi pecho: dispare sus armas.

—Está bien, señor Thevenet!—prosiguió el inglés tomando una de las pistolas; yo no haré fuego sobre usted, pero le obligaré lo mismo a que me ampute la pierna: lo que no haría usted por condescendencia, ni por interés, ni por miedo, lo hará por lástima.

—¿Cómo así?

—Voy a romperme la pierna de un tiro, ahora mismo y a su vista.

Y el inglés se sentó tranquilamente, levantó el gatillo y aplicó la boca de la pistola a su rodilla.

Thevenet se abalanzó sobre él para impedir aquella locura.

—No se acerque usted—dijo el inglés—o descerrajo el tiro. Y ahora, por última vez, ¿quiere usted aumentar y prolongar inútilmente mis sufrimientos?

—Es usted un loco, señor; pero ya que no hay medio de impedirlo, le cortaré la pierna.

Dispúsose perfectamente todo lo necesario para la operación. En el momento de comenzar la amputación, el inglés encendió un cigarro, y se hubiera jurado que no sabía lo que pasaba; no dijo ni una sola palabra, y cuando su pierna cayó al suelo seguía fumando aún.

Thevenet concluyó su tarea. El enfermo se encontró bien al cabo de pocos días. Todos los días le agradecía a su médico lo que había hecho por él; y con lágrimas de alegría en los ojos le daba gracias por haberlo privado de su pierna.

Algún tiempo después regresó a Inglaterra.

II

Cinco meses después de su partida recibió el doctor Thevenet la siguiente carta:

—Hallará usted adjunto, como prueba de mi gratitud, un giro de doscientas guineas sobre el señor P... banquero en París.

—Me ha hecho usted el más feliz de los mortales privándome de un miembro que era un obstáculo para mi felicidad en la tierra.

—Lo que es ahora puedo darle a conocer las causas que me impulsaron a

mi loca extravagancia, como la llamaba usted.

—Sostenía usted no hace mucho que no había ningún motivo cuerdo que alegar en pro de una mutilación como la mía: le propuse a usted una apuesta sosteniéndole lo contrario; si la hubiera aceptado, habría perdido.

—Ha de saber usted que de regreso por segunda vez de la India Oriental, conocí en el viaje a Emilia Harley, la mujer más linda del mundo, y pedí serle presentado. Su fortuna y su familia eran del agrado de mis padres, en cuanto a mí, me bastaba con su belleza y su angélica dulzura. Entré, pues, en el número de sus cortejantes. ¡Ay! mi querido señor Thevenet, pronto fui tan feliz como para ser el más infortunado de mis rivales; ella me amaba, ella me amaba y no me lo negaba... pero precisamente a causa de ese amor me rechazaba! En vano la supliqué con toda vehemencia, en vano sus pacientes y amigos abogaron por mí; permaneció inquebrantable en su extraña resolución.

—Durante mucho tiempo me fué imposible descubrir el motivo real de su aversión hacia una boda que parecía anhelar con todo su corazón. Mas por fin una de sus hermanas me descubrió el misterio. La señorita Harley era un prodigio de belleza; pero tenía un defecto físico... no tenía más que una pierna, y temblaba ante la idea de que al saberlo yo me desilusionara.

—Inmediatamente tomé mi partido: quise parecermele, y debido a usted ahora me le parezco.

—Volví a Londres con una pierna de palo. Lo primero que hice fué ir a visitar a la señorita Harley.

—En su casa ya lo sabían y yo mismo le había escrito al salir de Inglaterra que me había roto la pierna de un golpe del caballo y que se hacía necesario que me la cortaran. Cuando Emilia me vió por la primera vez se desmayó, por mucho tiempo pareció muy acongojada. Ahora es mi esposa.

—Al día siguiente de la boda, le confíé el secreto del sacrificio que había hecho para obtener su consentimiento, y naturalmente esto me ha agigantado a sus ojos.

—¡Oh, mi buen señor Thevenet, si tuviera diez piernas más que perder, me las haría cortar todas para ofrecérselas a Emilia! Me acordaré de usted mientras viva. Venga a Londres, venga a visitarnos, conocerá a mi esposa, y entonces me dirá que no estaba loco.

—“Carlos Temple.”

Thevenet hizo circular la anécdota y la carta entre sus amigos. Se reía de todo ello a carcajadas y cada vez que lo refería no dejaba de exclamar: —¡Qué loco!

Entretanto, había contestado de este modo la carta del inglés:

—Le agradezco, señor, su generoso presente; preciso es que lo llame así, porque no lo puedo considerar como remuneración del poco trabajo que he tenido. Les deseo mil felicidades tanto a usted como a su bella inglesa. Aunque hallo en verdad que ha pagado usted algo caro la felicidad de poseer una tan linda compañera. Pero si es usted feliz no hay que hablar; con ese argumento vence a cualquiera otro.

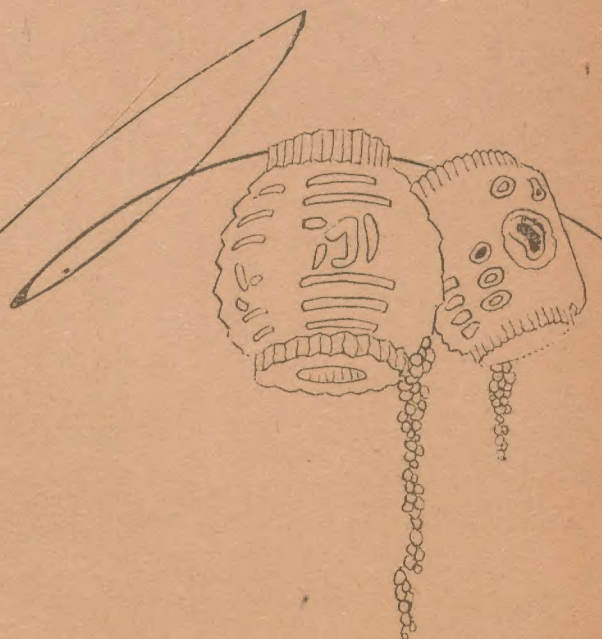
—Con todo, y a riesgo de disgustarle, persisto en mi idea: tal vez tenga usted razón ahora; pero mañana... ¡aguardemos!

—Acuérdese, señor, de lo que le digo. Mucho me temo que de aquí a dos años se arrepienta usted de haber separado su pierna de la rodilla; le parecerá entonces que estaban muy bien juntas; al cabo de tres años, convendrá usted en que hubiera bastado con la pérdida del pie; un año más tarde se convencerá de que con el dedo del pie hubiera sido suficiente; y un año después todavía, ¡quién sabe si no le parecerá que con el menique había de sobrar! ¡Quiera Dios que pasado el sexto año

SI FUERA VERDAD



Pasan veinte años entre el segundo y tercer acto.



Té "SPECIAL"

Exclusividad de GATH & CHAVES Ltd.

De gusto delicioso; de aroma penetrante.

Importado directamente del
CEYLAN y conceptuado por
los entendidos como insuperable

EN LATAS de 1 LIBRA,
PESO NETO, a \$ 2.40

EN PAQUETES DE 1/2
KILO, a \$ 2.40

The South American Stores
Gath & Chaves Ltd.

Anexo: Av. de Mayo,
Perú y Rivadavia...
Casa Central:
Florida y Cangallo.

no esté usted de acuerdo conmigo en que se hubiera podido contentar con cortarle únicamente las uñas!

—¡Que todo lo que acabo de escribir no ofenda en lo más mínimo a su digna esposa! Las señoras pueden conservar intachablemente su virtud y su belleza, como los hombres sus opiniones.

—Recuerdo que en mi juventud rogaba frecuentemente a Dios por la vida de mi novia; pero nunca la habría sacrificado una pierna; y en caso de haberlo hecho, todavía me estaría diciéndolo:

—¡Thevenet, has sido un loco!
—Y con esto tengo el honor de ser su servidor afectísimo.

“Thevenet.”

III

En 1793, Thevenet, que acababa de ver arrestar cerca de sí a un joven cirujano sospechado de aristócrata, huyó a Londres para librar su cabeza del tajo nivelador de la guillotina.

Fuera por aburrimiento, o por mera curiosidad, una vez allí ocurriósele una idea pedir informes sobre el domicilio de sir Carlos Temple. Se le indicó su mansión. Hízose anunciar y fué recibido.

En un gran sillón junto a una amplia estufa, al lado de una botella de espumante “porter” y rodeado de una veintena de diarios, encontró sentado a un ancho “gentleman” que apenas podía sostenerse, ¡tan corpulento era!

—¡Ah, señor Thevenet! ¡Sea usted bienvenido!—exclamó el obeso inglés, que no era ni más ni menos que sir Carlos Temple; disculpe si no me levanto de mi silla; esta maldita pierna me lo impide... Probablemente viene usted a ver quién tenía razón...

—Vengo únicamente como fugitivo, que busca asilo en Inglaterra.

—Pues bien, se alojará entonces en mi casa; porque ¡de veras! es usted un hombre lleno de buen sentido. Vea usted, a la fecha muy posiblemente sería por lo menos almirante, pero a causa de esta pierna... Estaba cabalmente leyendo los diarios y me entristecía de no poder tomar parte en todas estas batallas... Venga, pues, y deme algún consuelo.

—Sin duda alguna, su señora encontrará palabras más a propósito que las mías para quitarle a usted su pesar.

El inglés suspiró.

—¡Cómo! ¿que he tenido razón?

—Sí, por cierto, mi querido Thevenet. Hice una estupidez, o más bien una locura juvenil. Si pudiera recuperar mi pierna, le aseguro que no era usted quien me la cortaba.

Enrique ZSCHOKKE.

Tradiciones

sobre los ángeles

Los antiguos judíos, con excepción de los saduceos, admitían la existencia de los ángeles, en los cuales veían, como más tarde los cristianos, substancias espirituales e inteligentes que ocupaban el primer rango entre las criaturas. El Antiguo Testamento designa a veces a los demonios con el nombre de ángeles, ángeles de las tinieblas o ángeles malos. Su jefe es llamado el dragón o la serpiente, a causa de la forma que adoptó para tentar a la mujer.

Zoroastro reconocía la existencia de gran número de ángeles o espíritus mediadores, los cuales no sólo intercedían ante Dios, sino que tenían sobre los seres humanos una autoridad casi absoluta semejante en mucho a la de los dioses paganos. Es el culto a los dioses menores, condenado por San Pablo.

Los musulmanes creen que cada uno tiene dos ángeles guardianes. Uno de ellos escribe el bien que hace la persona vigilada y el otro el mal. Estos

LOS MISTERIOS DEL ARMAMENTO MODERNO



La señora. — ¡Suerte que no tenía en el bolsillo ningún torpedo!

ángeles son tan buenos, agregan, que cuando un ser humano comete una mala acción, lo dejan dormir antes de registrarla, con la esperanza de que al despertarse se arrepentirá.

Los persas creen que cada hombre tiene cinco ángeles guardianes que están colocados: uno a su derecha para escribir sus buenas acciones, otro a su izquierda para anotar las malas, el tercero delante para guiarlo, el cuar-

ro constituida por substancias inmateriales. Son creados para determinar una misión, cumplida la cual, pierden su existencia y vuelven a la infinita nada. Llevan vestiduras blancas y brillantes. Las tendencias modernas de la religión tienen bastante olvidadas a estas divinidades ambiguas y prefieren guardar silencio acerca de ellas. Puede decirse que los ángeles sobreviven sólo en las ficciones poéticas.

Pidan la deliciosa cerveza QUILMES CRISTAL

to detrás para protegerlo contra las asechanzas del demonio y el quinto en la frente para elevar sus pensamientos hacia el profeta. En otros países orientales las creencias religiosas elevan el número de esos ángeles guardianes hasta ciento sesenta, lo que debe ser una incómoda compañía.

Los siameses dividen a los ángeles en siete órdenes y les confían la vigilancia y protección de los planetas, de las ciudades y de los hombres.

Los teólogos católicos admiten nueve coros de ángeles, en tres jerarquías: la de los serafines, los querubines y los tronos; la de las dominaciones, los principados y las virtudes de los cielos y, por último, la de las potencias, los arcángeles y los ángeles.

Según la mayoría de los teólogos, los ángeles tienen forma humana, pe-

El pájaro del paraíso

La delicada joya que las elegantes llaman “plumas de paraíso” viene de Nueva Guinea, cerca de Australia, y principalmente de la parte de esa isla que fué hasta antes de la guerra colonia alemana. Los espléndidos “pájaros del paraíso” que habitan la isla son cazados por los indígenas, los “papús”, que viven en estado salvaje y practican a veces el canibalismo. El pájaro es del tamaño de un mirlo y ofrece poco blanco para la caza a flecha o a cartucho de munición. Es, puede decirse, todo alas y cola. Vuela sacudidas y ondulaciones a causa de la disposición de sus plumas largas y de bárbulas desunidas. Va siempre en dirección contraria al viento, de suerte que lleva el plumaje como alisado en

airoso penacho. Esta particularidad es aprovechada por los cazadores que persiguen a la graciosa ave en el mismo sentido que el del viento, obligándola así a volar en procura de salvación al lado opuesto: combatidas por el viento, las largas plumas se le traban y dificultan a tal punto su vuelo que no tarda en caer, fatigada y herida, a manos de los perseguidores. Una vez muerto el pájaro los indígenas le cortan las patas, a la altura de la carne. El famoso Linneo, que examinó ejemplares en estas condiciones creyó que el ave carecía de patas y de aquí que la llame “paradisea apoda”. Las pieles, con el espléndido plumaje intacto, son llevadas a las casas de la costa fundadas por los europeos para adquirir los productos de la tierra. Se paga por cada ave precios elevados; sólo de derecho de exportación la aduana cobra por cada una cinco marcos. Hay cuatro o cinco variedades de pájaros de paraíso; el de plumaje rojo (“sanguinea”) es más grande y valioso que su congénere el de plumaje amarillo que vemos frecuentemente en los tocados femeninos. Existe también uno de magnífico plumaje enteramente azul, cada uno de los cuales vale más de mil francos. Es rarísimo y sólo se encuentra algunos ejemplares en los museos de Europa y de la China, donde estas plumas son un adorno tan altamente estimado como en el Occidente.

Sara Bernhardt

y Víctor Hugo

Con motivo del centenario de Víctor Hugo se ha recordado una curiosa página que escribió Sara Bernhardt, en la época del estreno de “Hernani”, obra del gran poeta en que Sara desempeñó admirablemente el papel principal. Era en el año 1871. La famosa actriz dice así:

“Fué para mí un placer verme casi diariamente con el poeta. Jamás había cesado de verle, pero no lograba nunca hablar cómodamente con él en su propia casa. Siempre había en esta hombres de corbatas rojas que gesticulaban o mujeres que declamaban en actitudes trágicas. Hugo los escuchaba bondadosamente con los ojos semicerrados; creo que dormía, y que después, despertado por el silencio, decía alguna frase amable.

Un día me invitó a almorzar con él, agregando que después de comer podríamos charlar a gusto.

¡Qué horrible almuerzo! ¡Qué malo, Dios mío! ¡Y qué mal servido! Yo estaba con los pies helados por el viento que se colaba por las junturas de las tres puertas sin burlete de la habitación, un viento que pasaba como un lamento debajo de la mesa.

Cerca de mí se sentaba el señor X..., socialista alemán, que hoy ha llegado a una elevada posición. Este hombre tenía las manos tan sucias y comía tan groseramente que me causaba repugnancia.

El disgusto de esa vecindad, el enfriamiento de los pies, el fastidio mortal, me quitaron las fuerzas y perdí el conocimiento...

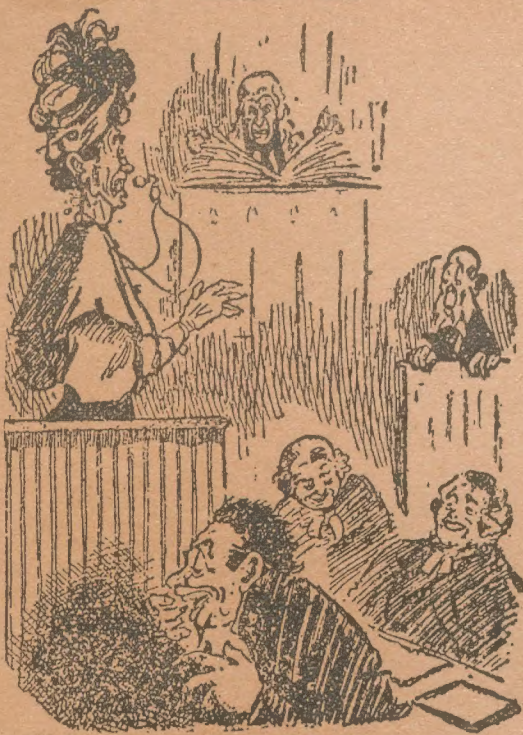
Cuando lo recobré, me vi tendida en un canapé, con una mano entre las de la señora Drouet y, delante de mí, tomando un croquis, Gustavo Doré.

—¡Oh, no se mueva!—exclamó Doré—¡está tan linda así!...

Esta frase, pronunciada con tan poca oportunidad, no me disgustó, sin embargo, y accedí al deseo del gran dibujante, que era uno de mis amigos.

Sali de la casa de Víctor Hugo sin despedirme de él y un poco avergonzada. Al día siguiente vino a verme. Le dije no sé qué cosa con respecto a mi malestar del día anterior y no volví a verle hasta los ensayos de “Hernani”.

SU VERDADERA EDAD



El juez.—Si señora, tiene usted que decir el año en que nació.
La testigo.—Bueno, pues ya que se empeñan, lo diré: yo nací el año 1887.
El juez.—¿Antes de Cristo?

Uber alles

Un espía prusiano que había permanecido recluido en una cárcel norteamericana y completamente incomunicado con el exterior, recibió la otra mañana la agradable sorpresa de que abrieran la puerta de su celda y le dijeran:

—Está usted en libertad. La guerra ha concluido.
—¿Y dónde está nuestro amado emperador y su brillante altesa el príncipe heredero?—fué la primer pregunta del espía.
—Están en Holanda, Fritz.
—¿Cómo lo profeticé! Sabía que nos veríamos obligados a conquistar a Holanda... ¿Y el maravilloso Mackensen?
—Debe de estar en Grecia.
—¿Ya sabía que llegaríamos hasta Grecia! ¿Y el incomparable Ludendorff?
—En Suecia...
—¿Lo dije también! Suecia debía ser nuestra. Sin esperar explicaciones, el hombre prosiguió:
—¿Y nuestros terribles submarinos? ¿y nuestros admirables acorazados?
—Están en puertos ingleses—le respondieron.
—¿En puertos ingleses! ¿eso también lo había profetizado!

"Myriam"

El último número de esta excelente revista mensual, llegado a nuestra mesa de redacción, ofrece, como siempre, el selecto e interesante material literario y los nítidos grabados, correctamente impresos en papel de la mejor calidad, que le han valido justos prestigios y le han llevado a ocupar uno de los primeros puestos entre la prensa ilustrada de la República.

Pero hojeando sus páginas hallamos que la dirección

PRESENTE GRIEGO



—¿Qué te pasa? ¿Tú también con la influenza?
—No; me he puesto una corbata que me regaló mi mujer...

de dicho colega parece que aun no está conforme con lo alcanzado hasta ahora y, según anuncia, se propone introducir nuevas e importantes mejoras en la Revista, intentando llevar a más alto grado la perfección que hoy ostenta como obra de arte gráfica.

Es, pues, un plausible esfuerzo el que se dispone a acometer el colega, y no dudamos que el público sabrá corresponder por su parte, prestando su valioso concurso a una iniciativa que encierra un halagador exponente de cultura.

Vayan con nuestras felicitaciones, los mejores votos por el merecido triunfo del simpático colega.

La albahaca y los mosquitos

Entre los diferentes auxiliares que en la naturaleza puede encontrar el hombre para luchar contra las moscas y los mosquitos debe contarse la albahaca, la modesta y aromática albahaca de nuestros jardines. Parece cosa cierta, en efecto, que donde abundan las albahacas no hay mosquitos; el hecho no ha sido comprobado científica-

mente, pero los habitantes de la India Inglesa lo conocen por tradición; por lo menos, afirman que la albahaca evita las fiebres, y delante de toda casa india suele haber una maceta de albahaca sobre un pequeño altar, en torno del cual, todas las mañanas, la dueña de la casa practica el "prodakshina", ceremonia que consiste en dar vueltas en torno de la planta invocando en alta voz las bendiciones de Viehnú para el cabeza de familia y sus hijos e hijas.

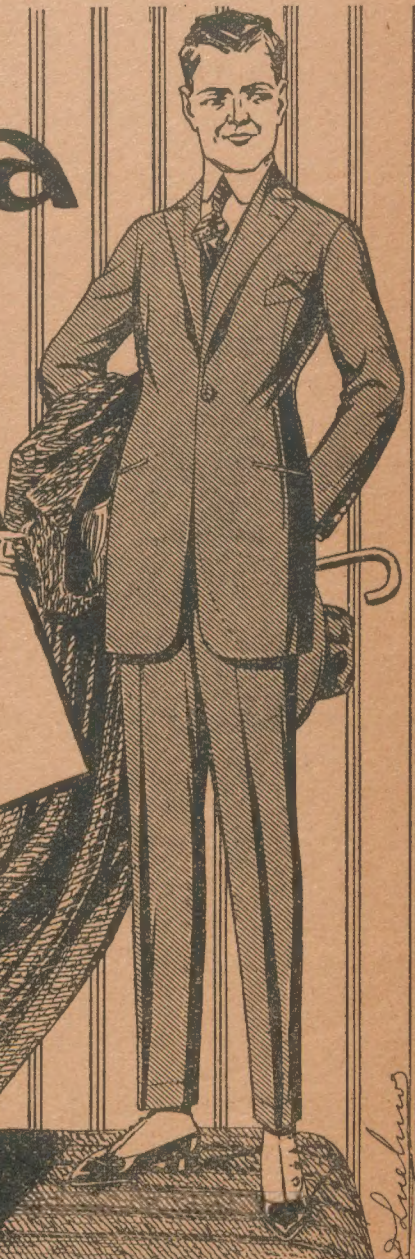
Como en aquellos países son las fiebres la mayor calamidad que puede sobrevenir a una familia, entré el significado de estas plegarias y el valor insectífugo de la albahaca, hay evidentemente una estrecha relación.

La cosa estaba clara

Un individuo entra en una tienda y dice al comerciante:

—¿Quiere usted hacerme el favor de cambiarme este billete de diez pesos?
—Pero hombre, si este billete es falso!
—Pues en eso precisamente consiste el favor.

Sastrería de Medida



Hemos recibido y ofrecemos a la consideración del público, nuestro gran surtido de tejidos para Otoño e Invierno. Nadie puede presentar un conjunto tan completo, novedoso y sobresaliente como el que nosotros hemos logrado reunir.

Nos permitimos recordar que los jefes y operarios de nuestra sastrería tienen en su haber 20 años de éxito en su especialidad. Nuestra "Ropa sobre Medida" fué siempre de una perfección absoluta y nuestros precios los más convenientes de Buenos Aires.

LA CASA MAS CONVENIENTE PARA COMPRAS

A. CABEZAS

SARMIENTO ESQ SAN MARTIN (B. A.)

PARA DESPISTAR

(BOCETO DE COMEDIA)

PERSONAJES

Doña Carmen Don Marcos
Brígida Baltasar
Angelita Juan Carlos

Decoración: Sala arreglada con buen gusto y elegancia.

ESCENA I

Doña Carmen y Don Marcos

Don Marcos (entrando azorado y dirigiéndose a doña Carmen que permanece sentada haciendo labor).—Pero, fíjate, Carmen, con lo que me encuentro: a la cocinera Brígida que estaba pelando la verdura con mi navaja de afeitar. (Le muestra una navaja).

Doña Carmen (indignada).—¡Ah, cállate; si son terribles! Dos adoquines: tanto la madre como el hijo.

Don Marcos.—Y eso que venían recomendados.

Doña Carmen.—¡Ah, sí! Traían las recomendaciones de las veinte casas donde habían servido, durante los dos meses que están en el país. ¡Ay! En realidad, yo no sé qué hacer... Tú sabes que el otro día Brígida rompió el espejo grande de la sala, y tuvo la osadía de decirme que había sido una suerte.

Don Marcos.—¿Cómo una suerte!...

Doña Carmen (con suma indignación).—Sí, que había sido una suerte que se hubiera roto en pedazos grandes, porque así costaba menos trabajo el recogerlos; y que aún le quedaba un pedazo para mirarse en él.

Don Marcos.—¿Qué barbaridad!

Doña Carmen.—¡Es el colmo!... Ah, y el otro día, cuando le señalé al gaud del hijo que estaban las sillas llenas de polvo, me contestó muy suelto de cuerpo: "Eu nun tenju la culpa, señora, si nadie se sienta en ellas". ¿Qué te parece?

Don Marcos.—En fin, qué le vamos a hacer... (Se sienta a leer un diario que toma de sobre la mesita. De repente pega un salto).—Pero, ¡mira qué noticia trae este diario!

Doña Carmen.—¿Referente a vos?

Don Marcos.—No, mujer no... ¿Qué se va a estar ocupando el diario de mí!

Doña Carmen.—¡Ah! ¿y por qué no?

Don Marcos.—¿No sos acaso el jefe de una familia respetable? ¿No ocupás un puesto sobresaliente en la política del país?

Doña Carmen.—Está bien, sí, pero no se trata de eso. A ver qué te parece a vos. (Lee en voz alta).—"Excentricidad de una millonaria: Los extraños y raros caprichos de las millonarias yanquis empiezan a tener imitadoras entre nuestras damas del gran mundo. Se sabe a ciencia cierta que la señora doña Amelia del Castillo, viuda del opulento hacendado cordobés, muerto hace dos años, se ha trasladado a esta capital, decidida a colocarse como sirvienta, junto con su hijo Luis. Se asegura que desde el día 12 del corriente se hallan con colocación. Es de imaginarse las ventajas que sacaría de su situación la familia que tuviera a su servicio una dama tan influyente". (Mirando a doña Carmen). ¿Qué me decís?

Doña Carmen.—¿Y qué querés que te diga? Que ya no saben por qué lado les da la locura...

Don Marcos.—¡Fíjate qué suerte si fuéramos nosotros los que la tuviéramos de sirvienta!

Doña Carmen.—¿Eh? ¿Qué decís? ¿Que si nosotros la tuviéramos de sirvienta? (Dando muestras de una gran agitación).

Don Marcos.—Eso es.

Doña Carmen.—¡Pero, quién lo iba a decir! ¿Quién lo iba a decir!

Don Marcos (con ironía y aparte).—Hice mal en enterarla de la noticia. Las mujeres, cuando llegan a cierta edad... se emocionan por todo.

Doña Carmen (con marcado interés).—Decime, Marcos: ¿El diario dice que la millonaria se colocó el 12?

Don Marcos.—Sí.

Doña Carmen.—¿Y que tiene un hijo?

Don Marcos.—Eso es.

Doña Carmen.—Entonces, no hay duda posible... ¡Brígida es la señora del Castillo!

Don Marcos (dando un salto).—¿Eh? ¿Qué es lo que has dicho?

Doña Carmen (triumfante).—Sí, hom-

bre, sí... A Brígida nosotros la tenemos desde el día 12; además tiene un hijo: Baltasar... No hay duda: ¡la millonaria es Brígida!

Don Marcos (que ha quedado como anonadado ante la revelación de su esposa).—Sí, pero todavía hay algo... Brígida es gallega...

Doña Carmen (indignada).—Pero Marcos, francamente, nunca hubiera imaginado que fueras de tan poco alcance mental... ¿No comprendés que se finge? ¡Lo hace para despistar!

Don Marcos (convencido).—¡Tenés razón! ¡Y nosotros, tan mal que los tratábamos!...

Doña Carmen.—¡Cierito! Nos quejábamos porque los garbanzos estaban duros y la sopa sin sal... ¿Cómo querés que una millonaria sepa cocinar!

Don Marcos.—¿Y vos, que la cafetearas y la mamabas "gallega cabeza de adoquín"?

Doña Carmen.—Bueno, mirá: es necesario borrarle toda esa mala impresión que podamos haberle causado. Es preciso tratarla bien, como corresponde a una dama de su esfera, y tratar de que se concracie con nosotros. Después... (En ese momento aparece Brígida por la puerta del foro).

ESCENA II

Los mismos, más Brígida

Brígida (desde la puerta).—Señora, son as diez. Eu veía a vere prara que usté me dijiera qué iba a cucinare...

Doña Carmen (con acento zalamero y yendo hacia Brígida).—¡Pero, señora, por Dios! ¡Pase, no se quede ahí! ¡Venga, siéntese! A ver, vos, Marcos, si preparás un asiento para la señora... ¡Vamos, apurate!

Don Marcos (arrima un sillón, en el cual sientan a Brígida. Le arregla unos almohadones en los pies, y se levanta con cara de desagrado. Lleva a doña Carmen aparte, y le dice: ¡Caramba, che, yo creo que una millonaria podía tener mejor olor en los pies!).

Doña Carmen.—¡Pero, Marcos! ¿No sos capaz de darte cuenta de que todo lo tienen preparado para despistar?

Don Marcos.—Así ha de ser no más. Brígida.—Peru, señora, ¿qué significa todifü estu?

Doña Carmen (siempre con zalamería).—Oh, señora, no se alarme! Esto no quiere decir nada... ¡No se alarme!

Don Marcos (olfateando el aire).—¡Caramba, qué olor a quemado!... ¿De qué será?

Brígida.—¡El jisu! ¡El jisu, que tenialo en fueguinu, y me s'estará quemandu! (Hace ademán de levantarse, pero doña Carmen se lo impide).

Doña Carmen.—No, señora; ¡no faltaba más! Déjelo no más... (En ese momento se oye en la habitación contigua ruido de objetos rotos, y al cabo de un instante aparece Baltasar, todo azorado).

ESCENA III

Los mismos, más Baltasar

Baltasar.—Señora... estu... (con tono lloroso) me se ha rumpidu el jarrón de porcelana de Sevrés...

Doña Carmen (hace un gesto de ira, pero se contiene y avanza hacia Baltasar, sonriendo).—¡Oh, don Luis, no se preocupe por tan poca cosa! ¡Pase, don Luis, pase!

Baltasar (con asombro).—¿Dun Luis? ¡Nun, señora! Eu me llamu Baltasare...

Doña Carmen (zalamera).—No don Luis, si ya lo sabemos todo... (Mirándolo sonriendo). ¡Ay, pero qué mozo más simpático! Sería un esposo ideal para nuestra hija... ¿No te parece, Marcos?

Don Marcos.—Eso es: especial...

Brígida.—¿Cómo, señora, un esposu prara su higa?

Doña Carmen.—Sí, señora... (Tratando de convencerla). Rosita es una muchacha muy buena, muy cariñosa y además no es fea... (Aparte). Hay que vencer el obstáculo... No va a querer por la diferencia de posición social.

Brígida.—Peru, señora... Usted comprende. Mi Baltasariñu eistá cumprumetidu con una prima suya...

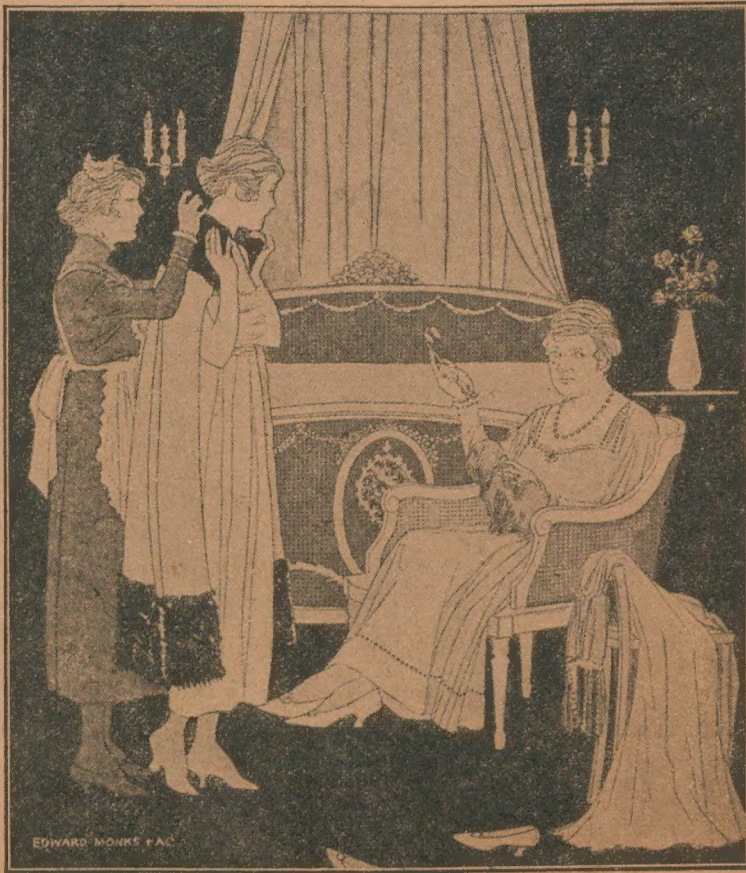
Doña Carmen.—¡No importa, señora, no importa! (A Baltasar, al ver que se ha quedado parado en el medio de la habitación). ¡Pero don Luis, siéntese! ¡Venga, venga aquí!

Don Marcos.—Sí, pero a todo esto el olor se acentúa... Seguro que aquello ya está convertido en "carbón de guiso".

Doña Carmen.—¡Es verdad! Me había olvidado... ¡Caminá vos, Marcos, andá a cuidar el guiso, y después barré el patio!...

Don Marcos (asombrado).—Pero... ¡Carmen!

ESGRIMA



—Mamá, necesito cien pesos. ¿Quieres pedírselos a papá?
—Pídeselos tu misma. Algún día tendrás marido y debes practicar desde ya.

VERMOUTH

CINZANO

VERMOUTH

Doña Carmen (interrumpiéndole colérica).—¡Qué! ¿Vas a contestar? ¡Caminá, te digo! (Resignado don Marcos baja la cabeza y sale, mientras doña Carmen llena de atenciones a madre e hijo).

ESCENA IV

Los mismos, menos Don Marcos

Brígida.—¡Peru, señora, eu nun salju de mi asombro! ¿Pur qué nus tratan ustedes así?

Doña Carmen.—¡Oh, señora, no se preocupe! ¡Una dama de su alcurnia!

Brígida.—¿"Una dama de mi alcurnia"? ¡Eu nun comprendu!

Doña Carmen.—¡Ah, señora, qué bien que disimula usted! ¡Qué bien que sabe despistar! (Con interés exagerado). Pero, si no se encuentra bien, dígame lo... ¿Quiere otro almohadón? (Se dirige a buscarlos a otra pieza, dejando solos a madre e hijo).

Baltasar (a Brígida).—Madre, ¿usté entiende alju de estu?

Brígida.—Menus que ti, higo miu; peru deja no más, que eistu nus conviene...

Baltasar.—Esu me eistá pareciendu...

Doña Carmen (de vuelta).—Aquí está. (Trae una pila de almohadones que deja caer torpemente sobre Baltasar).

Baltasar.—¡Eh! ¡Cuidadu!

Doña Carmen (azorada).—¡Pero qué torpe soy, Dios mio, qué torpe soy! Perdón, don Luis, perdón... Le he deshecho el peinado... (Arregla los almohadones a los pies de ambos y solícitamente pasa su mano por la cabeza de Baltasar). (Aparte). La verdad es que los pelos parecen bayonetas, pero es inútil... Todo lo hacen para despistar...

(Mientras va recogiendo los almohadones, Baltasar dice aparte a Brígida).

Baltasar (aparte a su madre).—Madre: eu tenju sueñu. Acuérdese que anoite aquellas malditas chinchas que andaban en procesión por as interioridades de a mía cama nun dejarunme dormire...

Brígida (siempre aparte a su hijo).—Razunciña tienes, higo mio, y o megor que poidemos facer es durmirte un poquitinu...

Baltasar.—Cierito, madre. (Vuelve doña Carmen después de haber dejado los almohadones, pero al ver a Brígida y a Baltasar que están dormitando con los ojos cerrados, se detiene, y los mira con curiosidad).

Doña Carmen.—¡Se han dormido!... (Enternecida). ¡Ay, qué manera tan angelical de dormir!... (En ese instante reaparece don Marcos, que entra en escena taconeando fuertemente, y dando muestras de un gran cansancio).

ESCENA V

Los mismos, más Don Marcos

Don Marcos (con voz cansada).—Ya está, che, ya barré el patio. ¡Me ha reventado, me ha...

Doña Carmen (interrumpiéndole, con gesto airado, y en voz retenida).—¡Cállate, no hables tan fuerte! ¿No ves que se han dormido?

Don Marcos (también en voz baja).—¡Ah! ¿Se han dormido?

Doña Carmen.—Sí, che... ¡Y a propósito! Tenemos que pensar en arreglarles cuarto para que duerman, porque no van a seguir en la cocina, cómo hasta ahora... Para don Luis destinaremos tu cuarto... Vos te irás a dormir al altillo, y...

Don Marcos (interrumpiendo, con asombro).—¿Al altillo? ¡Pero, Carmen, por Dios!

Doña Carmen.—Cállate, te digo, no grites! Sí, señor: al altillo. ¿O qué... ¿vas a venir con escrúpulos cuando está de por medio nuestro porvenir? ¿Eh?

Don Marcos.—Tenés razón, pero... (Con timidez): El altillo está lleno de

arañas, de cucarachas y de todas clases de bichitos molestos...

Doña Carmen. — ¡Pero, hombre!... (Tratando de convencerlo). Si no querés que te hagan nada, cuando vas a dormir te tapás hasta arriba con las sábanas, y asunto concluido...

Don Marcos (con acento de resignación). — Está bien, che... Pero te garantizo que si no fuera porque de ellos depende nuestra tranquilidad, no lo haría...

Doña Carmen. — Bueno, bueno. Vamos, entonces, a arreglar los cuartos. Veni despacito, no vayas a despertarlos. (Se van, caminando de puntillas, por la puerta del foro, mientras Baltasar y Brigida quedan durmiendo).

ESCENA VI

Baltasar y Brigida, dormidos; más tarde, Angelita y Juan Carlos

(Durante unos momentos, no se oye en la escena más que los ronquidos de Brigida y de su hijo, que duermen placidamente en un rincón de la escena. Aparecen por el foro Juan Carlos y Angelita sosteniendo una conversación iniciada de antemano. Vienen alegres y sonrientes, avanzan al centro, pero al oír las sonoridades ronqu coastales de la cocinera y su hijo se detienen un tanto asombrados).

Angelita. — ¡Oh! ¿Pero qué es esto? ¿La cocinera dormida en un sofá? ¿Y el hijo también? ¿Y este bochinche?... Yo no comprendo. ¡A ver! (Va a despertarlos, pero en ese momento reaparecen Don Marcos y Doña Carmen que se lo impiden con un gesto. Angelita se detiene).

ESCENA VII

Los mismos, más Don Marcos y Doña Carmen

Doña Carmen (con acento de reproche reconcentrado). — ¡Pero, criatura, qué vas a hacer! Déjalos dormir, pues...

Angelita (con asombro no disimulado). — ¡Pero, mamá! ¿Qué significa todo esto?

Doña Carmen. — ¡Ay, hija, vos no sabés. (Sentenciosa). La fortuna se nos ha entrado en casa en forma de esa cocinera y su hijo...

Angelita. — ¿En la forma de esa cocinera y su hijo? Cada vez entiendo menos... ¿Quieren ustedes explicarse, por favor?

Don Marcos (a Angelita). — ¿Ves, ves eso? (Señalando a madre e hijo, dormidos). Pues eso que ves, no es lo que ves... (Acercándose a su hija). Esa que pasa por cocinera, es la millonaria doña Amelia del Castillo, que está de incógnito!

Angelita. — ¿Una millonaria de incógnito? ¡Ja, ja, ja! ¿Qué gracioso está eso! (Estalla en una carcajada. Juan Carlos, que permanecía parado a un lado, también ríe al oír aquello. Doña Carmen repara en él).

Doña Carmen (con acento desdeñoso). — ¡Ah! ¿Estaba ahí usted! (Mirándolo con desprecio).

Juan Carlos. — Sí, señora, recién he llegado... Buenas tardes, señores.

Doña Carmen. — Buenas tardes... (Aparte). ¡Uf, qué tipo más plebeyo!

Don Marcos. — Y usted, ¿de qué se reía?

Juan Carlos. — De nada, señor. Como les oí decir a ustedes que la cocinera era una millonaria de incógnito...

Don Marcos. — Sí, señor, de incógnito. Lea esta noticia. (Le alarga el diario, que está sobre la mesita, y Juan Carlos lee. Luego sonríe y le dice).

Juan Carlos. — Pero ¿ustedes no han leído lo que dice "El Comercio" de esta tarde?

Don Marcos y Doña Carmen (a un tiempo). — ¿Qué dice? (Con marcado interés).

Juan Carlos. — Lean ustedes. (Les da un diario que saca del bolsillo, y les señala un sitio).

Don Marcos (leyendo en voz alta). — "Al dar un colega de la mañana como cierta la noticia de que una de nuestras damas del gran mundo habíase colocado como sirvienta en una casa de familia desde el 12 del corriente; hemos averiguado lo que había de cierto al respec-

LA PAJA EN EL OJO AJENO



— ¡Vergüenza debería darte de pegar a uno más débil que tú!

to, y valiéndonos de nuestros poderosos medios, conseguimos entrevistar a la dama en cuestión, que ha desautorizado por completo la noticia, asegurándonos en cambio, que ha decidido hacer un viaje a Norte América, para el cual tiene ya reservado pasaje de cámara para ella y su hijo, en uno de los vapores que hacen el servicio entre el puerto de Nueva York y el nuestro".

Doña Carmen (con voz entrecortada por la emoción). — ¿Qué?... ¿qué dice?... ¿qué... no se colocó... de sirvienta... ¡Ay! (Cae desmayada en un sillón. Todos corren a socorrerla, pero ella se repone al punto, y en el colmo de la furia, toma un almohadón y corre hacia Brigida y Baltasar que continúan durmiendo). ¡Ah, canallas, farsantes! (Da de golpes a los dos, que despiertan sobresaltados).

Brigida. — ¡Ay, señora, por Deu! ¿Qué le pasa? (Sale corriendo por el foro, seguida de Baltasar, que tampoco se libra de los golpes de doña Carmen. Esa vuelve al centro, abatida por el desengaño).

Don Marcos (que sigue sosteniendo el diario en sus manos). — ¡Pero qué gracioso está esto, en el fondo! ¡Ja, ja, ja! (Ríe).

ESCENA FINAL

Los mismos, menos Brigida y Baltasar

Doña Carmen. — ¿Qué? ¿Vos también te ríes?

Don Marcos. — ¿Y cómo no voy a reír? ¡Si esto tiene una gracia fenomenal. (Vuelve a reír).

Doña Carmen. — ¡Sí; reite no más, después que esos canallas rompieron el espejo grande de la sala.

Don Marcos. — Y echaron el trapo del piso en la sopa...

Doña Carmen. — ¡E hicieron pedazos el jarrón de porcelana de Sévres...

Don Marcos. — Y pelaban la verdura con mi navaja de afeitarme...

Doña Carmen. — Y se cambiaban los botines en la cocina...

Don Marcos. — ¡Ah, pero la suerte es que no voy a tener que dormir en el altílo!

Doña Carmen (sentenciosamente). — ¡Ah, pero yo siempre sospeché que fueran unos impostores! Siempre tuve mis dudas!

Don Marcos. — Y entonces, ¿por qué no lo dijiste?

Doña Carmen. — ¡Pero, hombre! ¿no te das cuenta? No decía nada... para despistar, pues!...

Juana María BEGINO.

El gran Brummel, árbitro de los elegantes

Desde 1820 la elegancia suprema entre los hombres de sociedad consistía, en Francia y en Inglaterra, en parecerse al tipo que llamaban "dandy" o "lion", que es algo así como "gomoso" pero de distinguida categoría. En cuanto a sus prendas morales esos caballeros no eran nada de notable; toda su personalidad se refugiaba en el traje y no tenían más admiración que por su prototipo y modelo, Jorge Brummel, a quien veneraban e imitaban con entusiasmo. Barbey d'Aurevilly consagró un libro a ese héroe de la moda.

¿Quién era Brummel? El nieto de un pastelero de Londres, que alquilaba los cuartos amueblados de su casa, e hijo de un secretario de Lord North, que acumuló cierta fortuna mientras estuvo con ese generoso patrón y pudo así poner al joven Jorge en pensión en Eton, donde educaban los jóvenes de las familias nobiliarias.

Brummel tenía una tía, dueña de una lechería a la moda, adonde solían ir los elegantes londinenses, entre los cuales se contaba el futuro Jorge IV, entonces Príncipe de Gales. El príncipe heredero y el árbitro de la elegancia se conocieron junto a una taza de leche, simpatizaron y trabaron amistad. Gracias a esta circunstancia Brummel tuvo la suerte de ser recibido en la corte y admitido en los salones de la nobleza donde los hombres le tomaron por modelo, siendo él aún muy joven. Tenía una personalidad muy marcada, una fiera desdeñosa, un "chie" que todos le envidiaban y agudas y cáusticas respuestas. Sus frases eran citadas y popularizadas en ciertos círculos; los comerciantes consideraban un honor titularse "proveedor del señor Brummel". El creía que los pagaba bastante con saludarlos con un gesto de la mano cuando los encontraba en la calle.

Afectaba no preocuparse de nada, excepto de su persona. A su regreso de Escocia le preguntaron qué lugar le había parecido más hermoso. Brummel tocó el timbre y acudió su mucamo:

— Dime, Robinson: ¿Qué lugar me ha parecido más hermoso?

Era desdeñoso para con todo el mundo. Cierta vez fué invitado a comer en casa de un rico industrial y declaró que era indecente que el industrial se sentara a la misma mesa.

Pretendía imponer su insolencia y no perdonaba de ella a sus mismos amigos. En cierta ocasión pasó la medida. Estaba en el club y se atrevió a decir al príncipe de Gales:

— Oye, Jorge: hazme el servicio de tocar el timbre.

La Alteza Real tocó el timbre, pero fué para decir al lacayo que se presentó:

— Haga llamar el coche del señor Brummel.

Despedido así, concluida su valiosa amistad con el príncipe, Brummel que había malgastado su fortuna, se retiró a Calais, donde acabó su vida en la miseria y medio loco.

El extraordinario éxito social de Brummel fué debido en gran parte a su manera de vestir; diariamente le dedicaba mucho tiempo y mucho dinero, pues en trajes y prendas de vestir invertía alrededor de doscientos cincuenta mil pesos por año; los adornos solamente de una de sus capas costaron nada menos que veinte mil francos...

Miedo divino

(Del libro de poesías "Irremediablemente"..., recientemente publicado.)

La noche, la noche se acerca a nosotros.
Como altas estrellas temblamos los dos,
El aire se llena de notas ligeras:
Es todo emoción.

La noche, tus ojos, al corazón nuestro,
El cielo y el mundo es todo un temblor.
Jugosas las almas, mojados los ojos,
Lleno el corazón.

Estamos tan solos, amado, tan solos.
Que todo lo entiendo porque todo soy.
La Noche, la Sombra, la Vida, el Silencio,
La Paz y el Amor.

— Te amo me dices despacio — te amo —
Y entonces soy menos que un hilo en tem-
blor...

Se apagan los ojos, el cielo se borra,
Se acaba la voz.

Silencio, susurro, armonía, la noche
Late dulcemente en torno de nos,
Late como si entendiera
Que me muero yo...

— Te amo, susurras de nuevo — y ahora,
El cielo se inunda de fulguración.
Se agrandan los astros, se tocan, lo cubren...
Oh siento terror!

Oh amado, los astros que brillan enormes,
Los muertos que vagan, la sombra de Dios,
La noche, la noche que cae en mi alma,
No dejes amado que muera de amor...

Alfonsina STOENI.

"Arte y Sports"

Bajo el título que encabeza estas líneas, acaba de aparecer una revista ilustrada cuyas páginas, como ya lo indica su nombre, tratan con preferencia todo lo relacionado con el arte y los deportes en general.

La buena presentación que ostenta el primer número, y el abundante material gráfico e informativo que contiene, le ha granjeado la aceptación pública desde el primer momento, no siendo difícil que el citado colega logre alcanzar un puesto de primera fila entre las publicaciones de su género, si continúa desarrollando su acción con el mismo acierto con que la inicia.

Doble desgracia

— Papá, vi esta mañana un pobre mudo con un curioso defecto en el lenguaje.

— ¿Mudo y con un defecto en el lenguaje? No digas desatinos...

— Sí, papá, era mudo y le faltaba un dedo de una mano.

EUREKA
ANTISÁRNICO Y GARRAPATICIDA
SIN VENENO
Compañía Introdutora de Buenos Aires
BME. MITRE, 537

UN CONSEJO



—Haz como yo: no estudies geografía hasta que se firme la paz; va a haber muchos cambios.

LO QUE HIZO SWIFT

Una señora muy rica pero casi analfabeta, dió en su palacio una fiesta a la que asistía Lloyd George. En el curso de la conversación con la dueña de casa, el ministro británico habló del gran satírico Swift.

—Cuánto me agradaría—dijo la señora—que ese autor viniera a mis recepciones!

—Será mejor no invitarlo—repuso Lloyd George—porque ese Swift ha hecho una cosa que le impide presentarse en los salones...

—¿Qué ha hecho?—preguntó la dama alarmada.

—Murió hace ciento cincuenta años.

LA ALEGRÍA DE ESTA VIDA

—Ya está, señor—dijo el fotógrafo. Me parece que vamos a obtener un retrato excepcional. Lo he tomado en la actitud más favorecedora y con la expresión de su más completa satisfacción y amabilidad. Pero... debo avisarle que estaba sentado encima de su sombrero...

BUFFET DE ESTACION

Un pasajero.—El tren parará aquí bastante tiempo como para comer algo en el buffet?

Otro.—No, señor, nada más que el tiempo necesario para pagar lo que pida.

MEDIO HARAGAN

Una señora, cuyo esposo había hecho una rápida fortuna con la huelga del puerto, contrató a un violinista para que tocara durante tres horas en una fiesta que daba en su casa. El músico comenzó con una com-

INGENUIDAD



—¿Por qué no sales a jugar un rato?

posición de Mozart, de aire muy lento y suave.

La señora prestó atención un momento y luego, volviéndose a sus invitados observó:

—¿Lo que es pagarles por hora a esta gente! vean qué despacio va.

EN LA CONFERENCIA

El conferencista era el hombre menos ameno del mundo; hablaba desde hacía dos horas y el auditorio, aburrido mortalmente, abrigaba, por fin, la dulce esperanza de que terminara en seguida.

—Ya hemos hablado de todos los héroes de Shakespeare—decía el conferencista—sólo nos falta considerar al inmortal Hamlet. ¿Dónde, pregunto, colocaremos a Hamlet?

—Que se siente aquí, si quiere—interrumpió uno—yo me voy.

EPISODIO SENTIMENTAL

—El ingrato prometió devolverme el bucle de

cabello que le di, pero todavía no me lo ha dado...

—¡Bah! es como todos los restauradores del cabello: prometen pero no cumplen.

SABIDURÍA CHINA

El que dude de la sensatez de los chinos debería leer sus proverbios. Tienen un libro de diez mil proverbios, cada uno de los cuales es tan razonable como el primero de ellos que dice así: "Es mejor tirar de la cola a un tigre que llamar la atención de una mujer hacia su primera cana".

LOS NEGOCIOS SON LOS NEGOCIOS

El muchacho se acercó con aire de misterio al médico recién llegado al pueblo y le dijo confidencialmente:

—Dice mamá que mi hermanita tiene una influenza muy fuerte... y que hasta cuánto le daría por hacerla contagiar en el barrio.

Si quieren vestir elegantes, ahorrar, elegir a satisfacción y asegurar la alta calidad de los artículos, comprenlos en lo de

M. ZABALA

B. Mitre y Esmeralda

CONFECCIONES

PARA HOMBRES.

TRAJES de saco confeccionados en riquísimos casimires de pura lana, inmensa variedad de gustos y colores, modelos de última moda, \$ 90.—, 80.—, 70.—, 65.—, 60.—, 55.— y . . . \$ **45.—**

SOBRETODOS confeccionados en excelentes tejidos de pura lana, gustos, colores y modelos en todas las variedades de la moda imperante, a \$ 120.—, 110.—, 100.—, 90.—, 80.—, 70.—, 65.—, 60.—, 55.—, 50.— y . . . \$ **45.—**

CALZADO.

BOTINES de becerro negro, francés, forrado en cuero, doble suela, artículo impermeabilizado, el par a pesos. \$ **14.90**

CAMISERÍA.

CAMISAS de madapolán blanco, pechera y paños de puro hilo, negligé, confección superior, a \$ **5.50**

SOMBREROS.

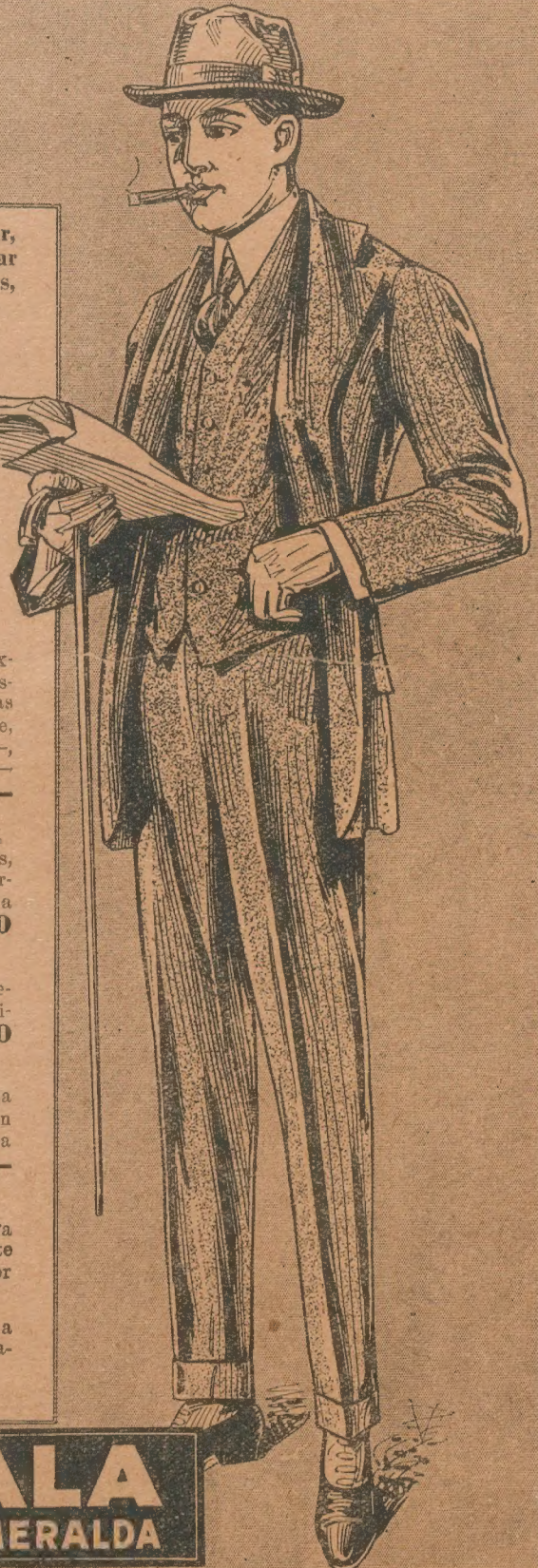
ORION, de castor, con ala ribeteada con cinta de seda, forma de gran moda, en negro, gris, beige, pizarra y marrón. \$ **14.—**

CATÁLOGO:

eminente útil y práctico para efectuar compras por carta; se remite gratis y franco de porte al interior de la república a quien lo solicite.

Créditos. Acordamos créditos a pagar en diez mensualidades. Pidan informes.

M. ZABALA
=B= MITRE Y ESMERALDA



La estafa considerada como ciencia exacta

Desde que el mundo es mundo ha habido dos Jeremías. Uno escribió una jeremiada sobre la usura y se llamó Jeremías Bentham. Fue un gran hombre en un género pequeño. El otro dió su nombre a la más importante de las ciencias exactas y fué un gran hombre en un género grande, y me atrevería a decir en el más grande de los géneros.

La estafa, o la idea abstracta expresada por el verbo estafar, es bastante clara. Sin embargo, el hecho, la acción, la cosa misma, es algo difícil de definir. Lograremos, no obstante, una concepción pasadera del asunto, definiendo, no la cosa misma, sino el hombre, el animal que estafa. Si Platón hubiese pensado en esto, nos habría evitado la afrenta del pollo desplumado.

Se preguntaba, con mucha oportunidad, a Platón por qué un pollo desplumado, o lo que es lo mismo, un "bípedo implume", no ha de ser, según su

to". Uno comparado con el otro es como Homero comparado con Elacus, un mastodonte con una lancha, o la cola de un cometa con la de un lechón.

Interés: El estafador es guiado únicamente por el interés. Desdén la estafa por amor al arte. Tiene siempre un objeto en vista; su bolsillo... y el ajeno. Está constantemente al acecho de una ocasión decisiva. No ve más que el número uno. Usted es el número dos y, por consiguiente, debe precaverse.

Perseverancia: El estafador es perseverante. No se deja desalentar fácilmente. Aunque le faltara el suelo bajo los pies, no se inquietaría y persiguiría imperturbablemente su objeto y "como el perro que no se apanta de un trozo de cuero engrasado", no se alejaría de su propósito.

Ingenio: Es ingenioso. Posee la protuberancia de la constructividad. Comprende bien un plan. Sabe inventar y "circunvenir". Si Alejandro no hubiera sido Alejandro, hubiese querido ser Diógenes. Si no fuese estafador, sería fabricante de ratoneras patentadas o pescador de bruchas con caña.

Audacia: Es audaz. Es un hombre atrevido. Lleva la guerra en plena Africa. Conquista todo por ataque. No temería los puñales de Frei-Herren.

Indiferencia: No tiene absolutamente nada de

hipótesis. Nada más natural: razonando "a priori" se puede decir que un estafador no sería completo sin su mueca.

El origen de la estafa se remonta a la infancia de la raza humana. Adán fué quizás el primero que la practicó. En todo caso, podemos hallar huella de ella hasta en la más remota antigüedad. Es cierto que los modernos la han llevado a un grado de perfección que ni siquiera habían soñado las cabezas duras de nuestros antepasados. Sin detenerme a hablar de las "antiguallas", me limitaré a presentar un resumen de algunos de los casos más modernos.

La siguiente es una buena estafa. Una dueña de casa necesita un sofá. Como es natural, va a visitar algunas mueblerías bien surtidas. En la puerta, un individuo cortés y de fácil palabra, la invita a entrar. Halla el sofá que le conviene; pregunta el precio y con agradable sorpresa oye que le dicen una suma que es en un veinte por ciento menor que la que pensaba gastar. Inmediatamente realiza la compra, paga, toma una factura y un recibo, deja su dirección, encarga que le remitan el artículo lo más pronto posible y se retira mientras el vendedor la saluda con efusiva amabilidad. Llega la



propia definición, un hombre. No temo que me planteen semejante pregunta. El hombre es un animal que estafa y no hay ningún otro animal que estafe. Toda una jaula llena de pollos desplumados no podría hacer mealla en mi definición.

Lo que constituye la esencia, la naturaleza y el principio de la estafa es, en efecto, un carácter particular de la especie de criaturas que llevan saco y pantalón. Una corneja hurta, un zorro roba, una comadreja es ratera; el hombre estafa. Estafar es su destino. "El hombre ha sido hecho para llorar", dice el poeta. De ningún modo: ha sido hecho para estafar. Este es su objeto, su fin.

La estafa, bien organizada, es un compuesto cuyos ingredientes son: la minuciosidad, el interés, la perseverancia, el ingenio, la audacia, la indiferencia, la originalidad, la impertinencia y la mueca.

Minuciosidad: El estafador es meticuloso. Opera en pequeña escala. Su especialidad es el detalle; necesita dinero al contado o un papel en forma.

Si por casualidad la tentación le lanza en alguna gran especulación, pierde en seguida sus rasgos distintivos y se convierte en lo que se llama un "financista". Esta última palabra implica todo lo que constituye el "cuento", salvo que el "hombre de finanzas" trabaja en grande. Un estafador puede ser considerado como un banquero "in pet-

nervioso. Jamás ha tenido un ataque de nervios. No sabe lo que es la emoción. Se le podría echar fuera de la casa, pero no fuera de sí mismo. Es frío, frío como un pepino. Sereno "como una sonrisa de Lady Bury". Es suave y flexible como un guante de viaje.

Originalidad: El estafador es concienzudamente original. Sus ideas son perfectamente propias. Desdén emplear las ajenas. Tiene aversión por las estabagamas conocidas. Es capaz de devolver una cartera si advierte que la ha conseguido por una estafa que no es original.

Impertinencia: Indudablemente es impertinente. Se hace el descarado. Está delante de uno con las manos metidas en los bolsillos de su pantalón y sonríe burlonamente. Le pisa a uno los callos. Se come la cena de uno, bebe su vino, le pida dinero prestado, le tira de la nariz, da un puntapié al perro y corteja a la mujer de uno.

Mueca: El verdadero estafador termina siempre sus operaciones con una mueca. Pero sólo él la ve. Concluida la tarea cotidiana, cumplidos sus diversos trabajos, por la noche, en su cuarto, y únicamente para su entretenimiento particular, nuestro hombre hace una mueca. Llega a su casa; cierra la puerta; se desviste; apaga la luz; deja caer la cabeza en la almohada y entonces hace su mueca. No es una

noche y el sofá no ha sido recibido en la casa. Al día siguiente tampoco. En el tercer día la señora envía a su sirvienta a la mueblería para que averigüe la causa por la cual no le han remitido el sofá. En la mueblería no reconocen la venta; nadie ha dado el recibo y nadie ha recibido el dinero... a no ser el estafador que ha desempeñado hábilmente el papel de vendedor.

Nuestras grandes mueblerías están dejadas casi sin vigilancia alguna, a merced de cualquier píllo que se atreva a realizar una hazaña como la que acabamos de referir. Los transeúntes entran, miran las mercaderías y se retiran sin que se los haya observado ni visto. Si alguien desea hacer una compra o pedir el precio de un artículo hay por ahí un timbre para llamar al empleado, y esta precaución parece suficiente.

Otra estafa bastante respetable: un individuo correctamente vestido entra en un negocio y hace una compra por valor de un dólar. En el momento de pagar advierte con desagrado que se ha dejado la billetera en el bolsillo del otro saco. Dice entonces al vendedor: "No importa, señor; hágame el servicio de mandarme el paquetito a mi casa... ¡Ah! creo que en casa no debe haber cambio; efectivamente, ahora recuerdo que la moneda menor es de cinco dólares. Por si acaso, le ruego que mande

junto con el paquete el vuelto de cuatro dólares." "No hay ningún inconveniente, señor", contesta el vendedor que concibiendo una alta idea de la corrección del cliente, piensa para sí que otros, en su lugar, se habrían llevado el paquete diciendo que pasarían al día siguiente a pagar.

Envía a un muchacho con el paquete y el vuelto. En el camino el muchacho se encuentra muy casualmente con el cliente que le dice:

—¡Ah! ¿es mi paquete? Creía que ya estaba en casa. Vaya, vaya... Mi mujer, la señora Trotter, le dará los cinco dólares. Ya he dejado dicho. Deme el paquete. ¡Oiga! Deme también el vuelto: ahora no tengo cambio y voy a necesitarlo para el tranvía. Uno... dos... ¿es buena esta moneda?... tres... cuatro. Muy bien. Diga a la señora que se ha encontrado conmigo en el camino. Vaya pronto; no se entretenga.

El muchacho no se entretiene; pero pierde mucho tiempo. En efecto: no puede dar con la casa de la señora Trotter, ni con ninguna señora Trotter. Se consuela, sin embargo, pensando que no ha sido tan tonto como para entregar la mercadería sin el vuelto, y cuando vuelve al negocio, muy satisfecho, no deja de sentirse un poco ofendido al preguntarle su patrón qué diablos ha hecho con el dinero.

Una estafa atrevida: un lugar de feria o de algo semejante adonde acude mucha gente que necesariamente debe pasar por un puente de acceso, un puente único. El pillo se instala en el puente e informa respetuosamente a los transeúntes y conductores de la nueva ordenanza que acaba de establecer un impuesto de tránsito de cinco centavos para toda persona, a pie o a caballo, que cruce por el puente. Algunos protestan, pero al fin todos se someten y el hombre al cabo del día vuelve a su casa con unos cincuenta pesos bien ganados, pues no hay nada más fatigoso que percibir un impuesto de tránsito de una gran multitud.

Una estafa hábil: un amigo del pillo tiene en su poder un pagaré, debidamente llenado y firmado. El estafador se procura una o dos docenas de formularios de pagarés y cada día empapa uno en la sopa y se lo presenta al perro, que lo atrapa de un salto y se lo traga. Cuando llega la fecha del vencimiento, el estafador y su perro van a ver al amigo. El compromiso firmado es, por supuesto, el tema de la discusión. El amigo saca el pagaré y hace el gesto de presentárselo al estafador; rápidamente el perro salta, se apodera del papel y lo devora. El pillo no sólo se manifiesta sorprendido sino también indignado por la conducta absurda de su perro y declara que está dispuesto a satisfacer su obligación... siempre que se le presente un comprobante.

Una estafa bastante mezquina: una dama es insultada en plena calle por un cómplice del estafador. Este se precipita en auxilio de la dama, y después de haber golpeado a su cómplice, se ofrece para acompañar a la dama hasta su casa. En la puerta de ésta el hombre se inclina respetuosamente y se despide. La dama lo invita a entrar, diciéndole que va a presentarlo a su hermano mayor y a su papá. El pícaro declina la invitación, con un suspiro. "En qué forma podría demostrarle mi agradecimiento?", murmura la dama. "¡Oh, señora! ya que usted insiste, ¡podría hacerme el servicio de prestarme cinco pesos!" La dama, en el primer momento, desea estar lejos de allí; pero reflexiona, abre su cartera y entrega el dinero. Es una estafa mezquina, como ya se dijo, pues la mitad de la suma ganada así debe ser entregada al cómplice que ha tenido el trabajo de insultar a la dama y de dejarse golpear por haberla insultado.

Otra estafa mezquina, pero siempre científica: el pillo se acerca al mostrador de un almacén y pide un paquete de tabaco. Se lo dan, y de pronto, después de haberlo examinado, exclama:

—Este tabaco no me gusta nada. Tómelo y deme en cambio una copa de grog.

Servido el grog, el pillo se lo embucha de un trago y se dirige hacia la puerta para irse. La voz del almacenero lo detiene:

—Me parece, señor, que olvida pagar el grog.

—¿Pagar el grog? ¿Acaso no le he dado el tabaco en cambio del grog? ¿Qué más quiere?

—Pero, señor, no recuerdo que usted haya pagado el tabaco...

—¡No faltaba más! ¿Acaso no le he devuelto el tabaco? ¡O tiene la pretensión de que pague por lo que no llevo?

—Pero, señor—dice el almacenero, no sabiendo qué más decir,—pero señor...

—No hay "pero" que valga—interrumpe el pillo afectando gran epoyo,—no hay pero que valga, y bien conocemos sus trampas...

Otra estafa hábil que se recomienda sobre todo por su sencillez. Alguien pierde una cartera con valores o una valijita con joyas y publica en un diario un anuncio que contiene una descripción detallada del objeto perdido. El estafador copia el aviso con todos sus detalles, pero cambia el encabezamiento, la fraseología general y la dirección. Por ejemplo: si el original indica el número 1 de

EN PROSA



—Fue usted herido en Chateau Thierry, mi bravo soldado?

—No, señora; me resbalé en una cáscara de papa cuando estaba espumando el puchero del cuartel, y me fracturé una pierna.

la calle Tom, en el aviso copiado figura el núm. 2 ó 3 de la calle Harry o Dick como domicilio del dueño del objeto perdido y adonde ruega devolver el hallazgo. Este aviso es publicado en cinco o seis diarios del día, de manera que aparezca pocas horas después de publicado el verdadero. Como se comprende, hay cinco o seis probabilidades contra una de que el que haya hallado lo perdido lo lleve al pillo y no al legítimo propietario. El otro paga la recompensa, se guarda el dinero y desaparece.

Una estafa que tiene analogía con la precedente: una dama de la alta sociedad pierde en la calle una sortija de diamantes de valor excepcional. Ofrece como recompensa a quien la devuelva cuarenta o cincuenta dólares. Publica en el aviso del diario una descripción detallada de las piedras y de su montura y agrega que pagará instantáneamente la recompensa prometida a quien devuelva la joya en el número tantos de la calle tal, sin hacerle la menor pregunta. Uno o dos días después, hallándose la dama ausente de su casa, llaman en el número tantos de la calle tal. Aparece una sirvienta; un desconocido pregunta por la señora; al enterarse de que no se encuentra en casa, manifiesta un profundo pesar. Se trata de un asunto de importancia que sólo interesa a la señora. En efecto, ha tenido la suerte de hallar su sortija de diamantes. Pero ha de volver otro día. "De ningún modo", dice la sirvienta. "De ningún modo", declaran también la hermana y la cuñada de la señora que se han acercado a la puerta para enterarse del objeto de la visita del desconocido. Se comprueba bulliciosamente la identidad de la sortija, se paga la recompensa y el hombre desaparece lo más pronto posible. La señora vuelve y manifiesta cierto descontento al saber que su hermana y su cuñada han pagado cuarenta o cincuenta dólares por un facsímil de su sortija, una vulgar imitación hecha de metal ordinario y piedras falsas...

Pero como las estafas no tienen fin, este ensayo no acabaría nunca si quisiera indicar todas las va-

LA SITUACION DE ALEMANIA



La voz del amo

riedades e innumerables formas de que es susceptible esta ciencia. Sin embargo, como es preciso terminar, referiré sumariamente una estafa bastante decente de que últimamente ha sido teatro nuestra ciudad.

Un hombre de edad mediana, llega un buen día a la ciudad, sin que se sepa de donde viene. Parece notablemente exacto, cauto, moderado y reflexivo en sus actos y modales. Su manera de vestir es escrupulosamente irreprochable, pero sencilla y sin ostentación. Lleva corbata blanca, saco holgado como de quien sólo desea la comodidad, respetables botines de doble suela y pantalones sin trabilla. Tiene todo el aspecto de un "homme d'affaires" acomodado, económico, exacto y estimable... el "homme d'affaires" por excelencia, uno de esos hombres duros y ásperos de exterior, pero bondadosos de corazón, tales como los vemos en las comedias: personajes cuyas palabras son otros tantos compromisos y que con una mano desparraman guineas en obras de caridad, mientras que con la otra, cuando se trata de una transacción comercial, se hacen pagar hasta la última fracción de un centavo.

Da muchas vueltas para hallar un alojamiento de su agrado. Detesta a los niños. Está acostumbrado a la tranquilidad. Sus costumbres son metódicas. Preferiría ser inquilino de una familia corta y respetable y que tenga inclinaciones piadosas. Las condiciones no le importan, pero insiste en un solo punto: se le presentará la cuenta el día primero de cada mes (estamos a dos del mes). Cuando, al fin, ha hallado lo que le conviene, ruega a la propietaria que no olvide sus instrucciones sobre este punto: la cuenta y el recibo a las diez del primer día de cada mes y bajo ningún pretexto el día dos.

Arreglado este punto, nuestro hombre de negocios alquila un escritorio en un barrio más bien respetable que elegante. No hay nada que desprecie más que las pretensiones. "Cuando hay mucha ostentación—dice—es difícil que haya algo sólido detrás"; observación que causa una impresión tan profunda en la dueña de la pensión, que la escribe con lápiz, a manera de memorándum en su gran Biblia de familia, precisamente en el margen de los Proverbios de Salomón.

Después hace publicar anuncios, más o menos como el que sigue, por intermedio de las principales casas de publicidad. Desdeña a las que cobran poco, porque no son muy respetables y además porque se hacen pagar por adelantado. Uno de los puntos principales de la profesión de fe de nuestro hombre es que nada debe ser pagado antes de ser hecho.

"Pedido. Los abajo firmados, que en breve darán comienzo a vastas operaciones comerciales en esta ciudad, necesitan tres o cuatro secretarios inteligentes y competentes, a los que se pagará muy buenos sueldos. Se exige las mejores recomendaciones, sobre todo por la honradez más que por la capacidad. Como los negocios en cuestión implican altas responsabilidades y deberán pasar grandes sumas por las manos de esos empleados, nos ha parecido oportuno exigir a cada uno de los secretarios un depósito de garantía de cincuenta dólares. Es, pues, inútil presentarse si no se está en condiciones de depositar esa suma y proporcionar los certificados de moralidad más satisfactorios. Se prefiere a jóvenes con inclinaciones religiosas. Se atiende de diez a once de la mañana y de cuatro a cinco de la tarde en las oficinas de los señores Bogs, Hogs, Logs, Frogs y Compañía, calle Dog núm. 10."

Hasta el 31 del mes, este anuncio había llevado a las oficinas de los señores Bogs, Hogs, Logs, Frogs y Compañía, a quince o veinte jóvenes con inclinaciones religiosas. Pero nuestro hombre de negocios no tiene el menor apuro en cerrar compromiso con ninguno de ellos—un hombre de negocios no se precipita jamás—y sólo después de un severo examen de las inclinaciones piadosas de cada uno de los postulantes, acepta sus servicios y recibe los cincuenta dólares, nada más que a título de garantía, bajo la respetable firma de los señores Bogs, Hogs, Logs, Frogs y Compañía. En la mañana del primer día del mes siguiente, la dueña de la pensión no presenta su recibo, según lo estrictamente convenido: grave negligencia por la cual sin duda la habría reprendido el respetable jefe de la distinguida casa que acaba en Ogs... si se hubiese decidido a permanecer en la ciudad uno o dos días más.

De todo modo la policía tiene un buen cuarto de hora de trabajo y después de pesquisas de todo orden y en todo sentido se ve obligada a declarar que lo único que sabe sobre el respetable señor es la frase clásica "Non est inventus" (no ha sido hallado).

Entretanto, los jóvenes secretarios se sienten un poco menos inclinados a la piedad que antes y la dueña de la pensión adquiere un pedazo de la mejor goma de borrar, del valor de un chelín, y dedica todas sus energías a borrar el memorándum, escrito con lápiz por alguna tonta, en la gran Biblia de familia, precisamente al margen de los Proverbios de Salomón.

Edgar A. POE.

UN PAISAJISTA ARGENTINO

ATILIO MALINVERNO



La exposición de obras de Atilio Malinverno que se realiza en estos días en el Rosario de Santa Fe, corona un prolongado esfuerzo artístico, raro acaso entre nosotros por su consciente seguridad y el sano vigor del ideal que lo nutre. En todas ellas se advierte, culminando en habilísima técnica, la honda y serena comprensión del paisaje argentino que distingue la manera artística de nuestro joven compatriota y que en los últimos años hizo notar repetidamente la crítica, al examinar cada una de sus obras aisladas. Sus paisajes son tranquilos y majestuosos y como impregnados por una nota grave. No tiene violencias de luces ni de colores, y deliberadamente rehuye el "trompe l'œil" y los trucs profesionales que conducen a un



efortismo efímero. No es su arte un disfraz bizarro para la naturaleza ni se cree con derecho a deformarla o abigarrarla en nombre de una originalidad extravagante. Es por eso su labor, ante todo, de una eminente honestidad. Por lo mismo la impresión que producen sus cuadros mejores, al principio fría y sin vivacidad, se va profundizándose y haciéndose ferviente cuanto más se los contempla: entonces el silencio que se prolonga entre los grandes ramajes quietos de los eucaliptus — su motivo preferido — empieza a poblarse de rumores que uno recuerda, las luces suaves resbalan quedamente en las sombras violáceas, el césped se vergue blando y húmedo, el manchón de tierra estéril se hincha al pie de los troncos por la lenta



fuerza de las raíces ocultas; la soledad misma es una presencia ícal que se infunde en todo y a todo envuelve y el cuadro, el paisaje, adquiere un sentido, sólo entonces perceptible, que fluye de la armonía de cada hoja quieta con cada débil rayo de luz posado en ella como para siempre, el sentido de la serenidad fecunda, la calma laboriosa de la Naturaleza, bajo las grandes nubes tranquilas. Es este sentimiento el que preside el arte de Malinverno, la nota que no puede apartarse de ninguna de sus obras, precisamente, porque es, en definitiva, la más elocuente y la única que perdura cuando se busca a la Naturaleza en sí misma y no en las opiniones de los hombres ni en las teorías de las escuelas de pintura.

Actualidad extranjera



Una vista de Dantzic, la ciudad reclamada por la nueva Polonia como su puerto de mar natural, hasta ahora en posesión de los alemanes y donde acaban de desembarcar fuerzas polacas por orden de los aliados.



"La Justicia Divina", notable medallón modelado por el escultor H. Crénier.



La casa más chica de Londres, ha sido edificada en un hueco dejado entre los muros de dos magnificas mansiones de Hyde Park. Dicese que fué mandada construir por una dama de la vecindad para que viviera su mucama.



Desenterrando la famosa obra de Rodin "Eva", que en agosto de 1914 fué sepultada en el jardín de una casa particular de Donai por temor a los saqueos que cometían los alemanes.



Los magnificos caballos de bronce de la Catedral de San Marcos, de Venecia, retirados por temor a los bombardeos aereos enemigos, y que permanecieron durante la guerra ocultos en los sótanos del castillo Saint Angelo, de Roma, en cuyos jardines fué tomada esta fotografia, han sido repuestos en su histórico sitio.



La tumba del ex presidente Roosevelt en Cyster Bay, frente a su residencia famosa.

LA ÚLTIMA EXCURSIÓN DE "THE CHANCLETING CLUB"



Los socios e invitados de "The Chancleting Club" realizaron el domingo de Ramos una excursión al Paraná Mini, a bordo del "Sarmiento", acreditada unidad de la flotilla del almirante Ambrosini, paseo que alcanzó todo un éxito. — A la izquierda: la reina de la fiesta se balancea en el columpio. A la derecha: animada "causerie" en la toldilla del piróscapo.



Señoritas de Achard, Fernández, Storni, Saccone, Crosta y otras.



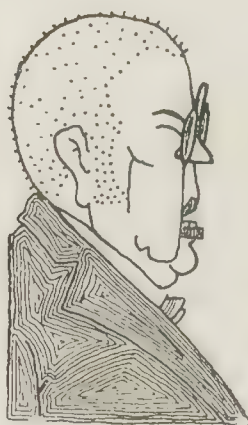
La columna de excursionistas momentos después de llegar a la estación Canal de San Fernando.

VIDA CORRENTINA



En San Luis del Palmar, durante los comicios realizados el 6 del corriente y cuyo resultado es del dominio público. — Esperando turno para votar.

SALINAS PREVISOR



Gómez.—¿.....?
Salinas.—Me estaban tomando demasiado el pelo y... ¡me lo corté!

UN PELUQUERO EJEMPLAR

Cuando penetramos en el reducido salón, la navaja del maestro, hábilmente esgrimida, deslizábase con exquisita delicadeza sobre el enjabonado carrillo de un cliente soñoliento, obstinado en descañonar a la perfección las regiones peludas del rostro que tenía bajo su dominio. Poco después, la operación quedaba terminada con la última minucia de la coquetona tarea, y el patrón, impueto del objeto de nuestra visita, se prestó amablemente a complacer nuestros deseos.

Don Ricardo Martín, que así se llama el dueño de la peluquería aludida, sita en la calle Bolívar número 1196, es un madrileño de pura cepa, rico de verba y no exento de gracejo natural. Hombre lleno de buenas intenciones, piensa a la moderna, y aunque ello resulte una paradoja, dada su profesión, es lo cierto que su lema lo constituye el "res, non verba".

Cuando le preguntamos por su iniciación en el oficio, nos contestó: —Puede usted decir que he nacido debajo de un sillón de peluquería. En Madrid realicé mi aprendizaje y allí recibí la alternativa en el arte de Fígaro, actuando entre los ases del gremio. Por mis manos pasaron las respetables barbas de Canalejas, de Morote, el de las famosas corbatas, del general Polavieja, de Francisco Ferrer, y de otras celebridades que sería largo enumerar. Después de más de veinte años de continua labor las vicisitudes de la suerte me hicieron emigrar con rumbo a la Argentina, y aquí me tiene usted trabajando desde 1912.

—¿Cómo lo fué por acá?

—Bien, porque no tengo ambiciones. Al cabo de dos años pude instalar este modesto establecimiento y de él obtengo lo estrictamente necesario para poder vivir.

—¿A qué se debe su actitud como patrón?

—Al deseo de despertar el ánimo de los obreros peluqueros con objeto de que se organicen y reclamen colectivamente lo que en justicia les corresponde. Siempre he considerado que el exigir de ellos quince y más horas de trabajo diarias, como actualmente sucede, constituye una inequa explotación; y que el hábito de la propina, que importa una dádiva denigrante para el obrero, debía abolirse por completo, agregando su equivalencia al precio del servicio, y aumentando en proporción el sueldo del oficial. Con la supresión de esta especie de limosna se evitaría al obrero la mortificación de su dignidad, y al cliente el peligro que para él entraña semejante costumbre.

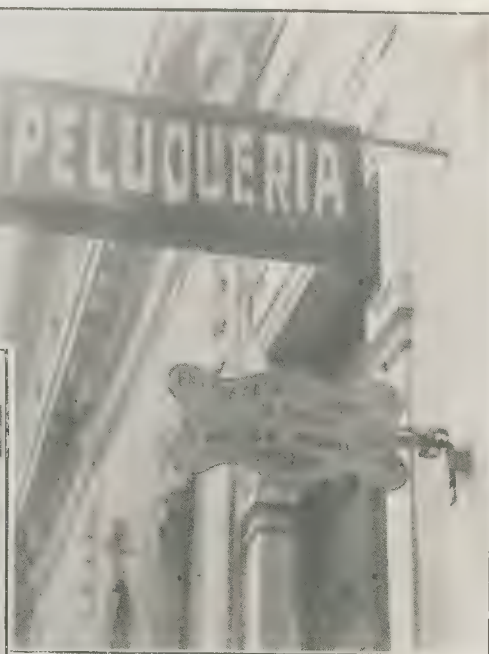
—¿Puede explicarnos este último extremo?

—Muy sencillo. Todos los oficiales saben de memoria quienes son

los parroquianos que dan buenas propinas, y cuáles los que no dan ninguna. Suponga usted que cuando los oficiales se hallan ocupados en servir a clientes de la segunda categoría entra en el salón uno de los de la primera. En el acto se establece entre navajas y tijeras un record de velocidad, con objeto de concluir cuanto antes para atrapar al prójimo que espera turno, y si aquellos sobre cuyas cabezas se ejercitan los matches, resultan con un sistema orográfico en el pelo, o un jeroglífico tatuado en los moñetes, ya pueden



Don Ricardo Martín, peluquero con 28 años de servicio y propietario de la peluquería situada en la calle Bolívar 1196, que, por iniciativa propia ha establecido 8 horas de trabajo, suprimido la propina y aumentado el sueldo de sus oficiales.



Carteles que promulgan la jornada de ocho horas y la abolición de la propina en el ramo peluquero, reformas que por primera vez se implantan en una casa del gremio.

asociados. Acepté la invitación y la procedí de Castelar, llegando hasta proponer la implantación del comunismo en el gremio, extremo que hizo abrir varias bocas en el auditorio. Ignoro si será o no consecuencia de mi arenga, pero es lo cierto que ya circula un enérgico manifiesto de la Sociedad Obreros Peluqueros incitando a la campaña en favor de la jornada de ocho horas. De esto al pliego de condiciones no hay más que un paso, y una vez formulado creo firmemente que el triunfo definitivo será de los obreros, a quienes asiste toda la razón.

—¿Entonces, a pesar de su carácter de patrón, desea usted vivamente la victoria de los obreros?

—Sí, señor; soy decidido partidario de los trabajadores del gremio, y aunque por mi situación, parezca extraño mi modo de pensar, me agrada que éstos triunfasen en la cruzada que se inicia, porque creo muy justo que así suceda. Antes que patrón, he sido empleado muchos años, y durante todo ese tiempo he podido apreciar en carne propia la justa reivindicación que se debe al obrero peluquero, uno de los elementos más pacientes y sufridos de la clase proletaria. Este deseo que me anima, puede en mí más que la particular conveniencia de mi negocio, y no he vacilado en jugarme el todo por el todo al ponerme al lado de la causa obrera, por la cual estoy dispuesto hasta a sacrificar mi establecimiento.

El señor Martín, embargado por las bellas obsesiones que padece en favor del gremio, proseguía, sin solución de continuidad, tratando el tema con

Al gremio de Peluqueros

El que suscribe dueño de la peluquería sita en la calle BOLIVAR 1196, teniendo en cuenta la evolución habida en la clase trabajadora, cree ridículo y denigrante, que exista un gremio como el de peluqueros que, en los momentos actuales trabajen hasta 14 horas diarias, cuando 8 ya son excesivas, y en vista de ello y sin esperar a que la gran masa de carneros y pequeños opresores con que cuenta el gremio lo pidan, yo por iniciativa propia, sentando un precedente, a contar del mes próximo empezará a regir la jornada de 8 horas y la abolición de la propina; lo primero por ser equitativo y justo; y lo segundo, por ser una limosna que denigra al hombre y lo desmerece.

No me inspira tal acción un fin lucrativo, como algún mal pensado podrá creerse, pues, con el sistema actual gano lo suficiente para satisfacer las necesidades de mi familia, mi única ambición; sino con el solo objeto de buscar imitadores y se llegue a poner al gremio a la altura de los demás; en una palabra, que sean hombres que hoy están muy lejos de serlo!

RICARDO MARTIN.

NOTA — En esta peluquería no trabajarán obreros no asociados a sus respectivas sociedades de resistencia.

El guante que un patrón arroja valientemente al rostro de sus colegas.

darse por muy satisfechos si la cosa no pasó de ahí.

Debido a estas razones e influido por el momento histórico actual, quise, en mi calidad de patrón, predicar con el ejemplo, y al efecto, después de exigir a mis oficiales que se inscribiesen en las respectivas sociedades de resistencia, establecí en mi casa la jornada de ocho horas, suprimí la costumbre de la propina, y lancé al público el manifiesto que ya conoce. Además creí oportuno celebrar a mi costa la implantación de las reformas, y, en consecuencia, resolví echar con los muchachos una modesta garrafa que se corrió en debida forma.

—¿Qué opinión de su iniciativa el gremio de patrones?

—Pues que era la obra de un loco. Entretanto, puedo asegurarle que, en contra de lo que suponen los recalcitrantes, los resultados prácticos hablan en mi favor, pues nunca ha trabajado mi establecimiento como lo hace en la actualidad. Aparte de esto, he recibido numerosas felicitaciones por mi actitud y hasta no pocos elementos del barrio, reunidos en manifestación, me han tributado sus aplausos en la puerta de mi casa.

Mi propósito no ha sido otro que lanzar la semilla para redimir los "lanares" del gremio, y creo que la simiente ha prendido. La Sociedad de Obreros Peluqueros, una vez que leyó mi proclama, me invitó a que fuese a exponer mis ideas verbalmente ante los

Para "Tray Bloch"

No tengo ideas políticas de ninguna clase. Nunca di un voto a ningún partido político. Soy partidario acérrimo del trabajador, al que creo que está muy lejos de pedir lo que le corresponde; pero deseo el bien general de todas las clases sociales; que no haya opresores ni opresores; y en una palabra que el que quiere comer que trabaje, y no que trabaje uno para que otros coman.

Ricardo Martín

Lo que piensa don Ricardo.

el mayor entusiasmo; pero como al contemplar vacío el sillón de sus habilidades profesionales, cayéramos en la cuenta de que pecábamos de importunos al prolongar nuestra visita, toda vez que ya la brocha reclamaba las actividades de nuestro simpático interlocutor, decidimos retirarnos, y así lo hicimos. Levando la firme convicción de que el señor Martín, a pesar de que, en vista de su actitud, no faltó quien le creyera maximalista, es únicamente un excelente hombre, todo lleno de bondades y sanas intenciones.

PROTEO.

La Venus de Nueva York

¿Qué es una mujer bella? Lo más raro que se puede hacer con una mujer bella es perder el tiempo en definirla. Con una ligera comparación con las estrellas, los lirios y los diamantes se sale del escabroso paso y queda margen para la admiración teórica y práctica. Además es esa sabida que la regularidad de las facciones no es siempre lo que produce el mayor alboroto en el corazón del que contempla una mujer

y que esa regularidad puede ser ventajosamente sustituida por el número de bujías que iluminan en lo recóndito de un par de ojos... y su anexo de callosas. Ni hay tampoco canon definitivo de belleza: la nariz griega, por ejemplo, es artículo clásico al respecto, pero con mucha frecuencia este criterio estético se ve en apuros y abdica ante una nariz musulmana o tucumana, y aun nuestra corta experiencia nos demuestra que una morena y una rubia dan el opio con igual eficacia. Por otra parte no es prudente definir ni juzgar la belleza de una mujer, mientras existan otros en el mundo. Los vamos, por todo eso, qué objeto tienen los concursos de belleza. Si es para decirnos que tal o cual damita es bella, debemos observar a los señores jueces que ya lo sabíamos de memoria y en vano. Pues aunque no existan cánones, todo el mundo se cree capacitado para opinar de unos ojos, de unos labios y de una piel aterciopelada—sobre todo por el tacto. Es el primer periplo en que nos ensayamos y también el último, pero ya por simple amor al arte, La Sociedad de Artistas de Nueva York acaba de desempeñar oficialmente esas funciones, que ya practicábamos nosotros. Ha juzgado a un grupo de "girls" y ha ofrecido una manzana de oro a la más bella. Lo mismo hizo París y pasó algunos años. Aún fué más prudente: esperó que se la dieran a él.

Miss Edith Hyde, premiada con una manzana de oro por ser la joven más hermosa que asistió al baile Chu Chin Chow fiesta que celebran anualmente los artistas neoyorquinos

Otra de las bellezas neoyorquinas que se distinguieron en el concurso

Retrato de perfil de Miss Hyde

Otra de las bellezas que participaron en el concurso: Miss Madeleine Gildersleeve, con traje de judía rusa.

Miss Mary Eaton, tipo de belleza de la Grecia antigua.

Miss Elva Dieschmarst, vestida de bailarina persa.

La entrega formal de la manzana de oro a la belleza premiada.

LOS TERREMOTOS DE GUATEMALA

En la noche del 25 de diciembre último un violento terremoto arruinó por completo a la hermosa y floreciente capital de Guatemala; y después, otros movimientos de tanta o mayor violencia que el mencionado, completaron la obra de destrucción, dejando convertida en un montón de escombros a la que había sido, por mil títulos legítimos, la indiscutible metrópoli de Centro-América y una de las ciudades más

todas aquellas medidas de urgencia que eran indispensables para que no se interrumpiera la buena marcha administrativa y para llevar los primeros y urgentes auxilios a los millares de damnificados, que de la noche a la mañana se encontraban sin pan y sin hogar. Pronto en lugares abiertos, dentro y en las orillas de la ciudad, se levantaron campamentos de barracas, en los que por bastante tiempo se distribuyeron vive-



Las ruinas de la catedral, después del fenómeno sísmico.

bellas y típicamente coloniales del continente. Quedó deshecha en un instante la paciente obra de varias generaciones. La devastación reinó en las calles desoladas de la que ya era, en muchos aspectos, una gran capital moderna. Los habitantes se vieron materialmente sin hogar, con la caída de, por lo menos, el noventa por ciento de las casas de la población. Grandes edificios públicos, como por ejemplo el palacio presidencial, el teatro Colón, el Museo Nacional, los Asilos de Maternidad y de Convalecientes, las Escuelas Prácticas de Señoritas y de Varones, etc., desaparecieron en un instante, y con ellos una avanzada labor de cultura y de progreso. Templos, que eran alto exponente del espíritu religioso y orgullo arquitectónico de la ciudad, no son hoy más que recuerdos. En globo y calculando aproximadamente, puede estimarse que el valor de lo perdido en Guatemala no es inferior a la suma de doscientos millones de dólares.

En los momentos de pánico y de horror, la energía del gobierno acudió al instante manteniendo inalterable el orden público y dictando

res gratuitamente. Fueron organizados comités, en cuyas distintas órbitas de acción se ramificó la actividad oficial para atender a las víctimas y a los diversos servicios públicos; y se dictaron numerosos e importantes decretos por el poder ejecutivo, con la mira puesta en el bien general. Recordamos, entre otros, el que creó la Cruz Roja guatemalteca, el de la liberación de derechos para los materiales de construcción que se introdujeran a la república, el de la vacunación antitífica obligatoria, el que exceptuó por cinco años del pago de la contribución del seis por millar a los departamen-



La catedral de Guatemala, antes del terremoto.

tos que habían sufrido (Guatemala, Amatitlán y Sacatepéquez), etc.

La simpatía universal acompañó a Guatemala en esas crueles horas de prueba. Todas las naciones civilizadas se asociaron a ella, y algunas, especialmente Estados Unidos, enviaron auxilios de todo género. Como era natural, a la cabeza de esas manifestaciones figuraron, dando espontánea nota del más noble y generoso sentimiento de fraternidad para con la hermana mayor, las demás repúblicas de Centro-América, que hicieron suyos los sufrimientos de Guatemala.

Guatemala resurge con toda rapidez de entre sus ruinas. Las construcciones se levantan por todas partes: el martillo resuena triunfalmente de un extremo a otro de la ciudad. Desaparecen, paulatina pero seguramente, las huellas de la catástrofe. El movimiento comercial se realiza con la intensidad de mejores días, y la vida ha entrado en sus cauces normales.



Galería sud del cementerio de Guatemala, antes del temblor de tierra.



Estado en que quedó la galería del Cementerio General.



Los efectos del terremoto en la Escuela Práctica de Varones "Estrada Cabrera"

NUESTRAS PLAZAS



Un detalle de la plaza Constitución a las 12 m.

Fot. del doctor E. González Locamour.

LOS PRODUCTOS DEL TIBURÓN

La valorización extraordinaria que a causa de la guerra han adquirido los diversos productos obtenidos de los tiburones, ha dado mucha importancia a la pesca de ese temible monstruo marino, sobre todo en el mar de las Antillas, donde la pesca del tiburón se realiza con costosos equipos especiales, y se dedican a ella, regularmente y como negocio, muchas personas que antes la llevaban a cabo ocasionalmente, como arriesgado deporte. Debido a la escasez de cuero hay, sobre todo en el mercado norteamericano, gran demanda de piel de tiburón, que en la fabricación

de muchos artículos — se dice que hasta en la de calzado sustituye al cuero. Esta piel — que se utiliza toda, excepto la de la cabeza y la cola — se desprende fácilmente, y una vez despojada de los restos de carne que quedan adheridos, se la sala, se la deja escurrir en un plano inclinado y se la embala en barricas, que son exportadas de Cuba, por ejemplo, a los Estados Unidos.

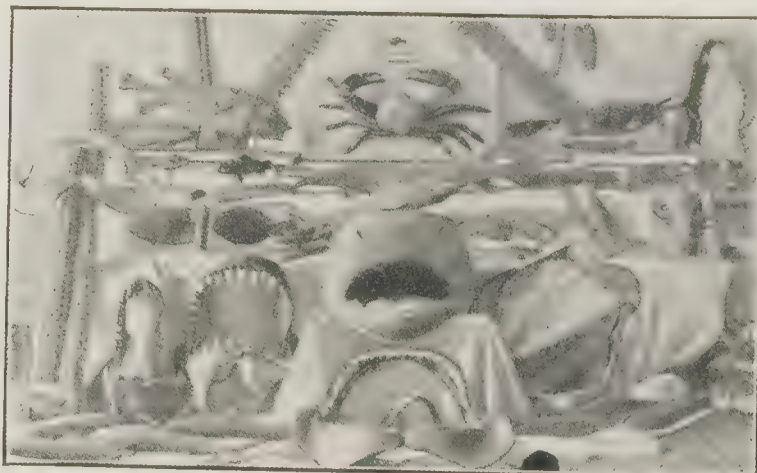
También se uti-



Una buena pesca de tiburones hecha cerca de la Habana (Cuba). Tres individuos muestran, tendidos en tablas, las crías halladas en el interior de los monstruos.



Otro monstruo vencido; obsérvese la formidable boca y los grandes dientes que pueden cortar fácilmente y devorar la pierna de un hombre.



Notable colección de peces tropicales, en la que figuran una cabeza y varias mandíbulas de tiburón, peces espadas, etcétera.

liza para el consumo la carne de tiburón ahumada, aunque no es de primera calidad. Cortada en delgadas lonjas, se cuelga a éstas sobre un fuego lento durante cuatro horas y luego se las somete durante dos horas a la acción de un humo denso que le da color. También se ahuma sin fuego, para lo cual la carne queda expuesta al humo por cuarenta y ocho horas.

Del hígado de tiburón se obtiene un aceite de valor, que se extrae por el siguiente procedimiento: se corta el hígado en pedazos pequeños, que son echados en un caldero puesto sobre fuego lento; se revuelve durante media hora; el aceite se acumula en la parte superior del contenido; se le retira y se le envasa. De lo que queda se vuelve a obtener por el mismo procedimiento un aceite de segunda calidad. El residuo, una vez seco, sirve como abono.

Los países donde abundan estos voracísimos escualos, como la Isla de Cuba, por ejemplo, incorporan, pues, a su economía una nueva e importante fuente de ingresos.



De estos tiburones se obtiene un aceite que sirve para fines industriales y para falsificar el aceite de hígado de bacalao.

De Cacheuta



Señora de Martínez de Hoz y señoritas de Pueyrredón y de Vivot.



Niños de Tomasi y Gazzolo.



Señoritas de Juárez Celman y de Arcco.



Señor de Bruyn y señora, y el doctor Marco Aurelio Avellaneda.



El señor Pardo con el comicario de Las Cuevas.



Señoras de Pueyrredón, de Bunge y de Arcco.

EN EL 2 DE INFANTERÍA



El teniente coronel Benjamín Barrionuevo, jefe del regimiento 2 de infantería. (Caricatura de O. Ibarra García).



Durante la jura de la bandera por los aspirantes a oficiales de reserva, realizada el 11 del corriente en el patio del cuartel del 2 de infantería.



El saludo a la bandera, en el acto de la ceremonia.

LA MENTIRA

—Entonces ¿está decidido el viaje?... ¿completamente decidido?

—Sí, Julio, sí.

—¿Y tú no has hallado argumentos, no encontraste fuerza en tu cariño para oponerte a él?

—¿Qué quieres! Una es mujer, y mujer caprichosa, que hoy dice que no, y mañana que sí. Y nunca se le hace caso: a mis llores, a mis súplicas y a mis rabietas se les ha opuesto el mismo infantil estribillo: "¡Ya vas a ver cómo te gusta Europa!". —dice mi padre;—mamá lo apoya y los imbéciles de mis hermanos hacen coro. ¿Qué quieres que haga yo?

Luisa, la linda mujercita que acaba de decir estas palabras, levantando los adorables hombros blancos, en un gesto de disgusto y de cansancio, miró fijamente, con un ligero dejo de compasión, a Julio, que, recostado contra el sofá, perdía su mirada a lo lejos, a través de la ventana, por la que penetraba un suave aroma de gladiolas y claveles.

Hubo una ligera pausa que ninguno rompió, hasta que Luisita, como para ahuyentar los tristes pensamientos, levantóse, se acercó al piano y arrancó dos o tres notas que quedaron vibrando en la sala.

—No toques—habló él con una rabia interior, que le volvía la cara pálida y los labios temblorosos—no toques, porque voy a creer que tú estás contenta por lo que nos sucede.

—Eres un malo—dijo ella, acercándose y tratando de acariciarlo, como una gata mimosa,—quisiera saber quién siente más esta corta separación; tú al menos quedas aquí con tus amigos, tus ocupaciones; con esta casita que tiene tantas cosas mías, y que te hablarán de mí, cuando las mires, durante la ausencia, mientras que yo... ¿qué guardaré de ti, más que tu rostro querido, bien adentro el corazón?... más que tus palabras, que seguirán diciéndome, como siempre, cariñosas, muy dulces, muy suavemente: ¡Luisita mía!; ¡te quiero!

Así, poco a poco, con ese don especial, tan femenino, de la mujer que ama, siguió hablándole, sentada cerca de él, los grandes ojos perdidos en los negros de Julio, que iba sintiendo flaquear esa ingenua voluntad de aparecer enojado, cuando lo que hubiera hecho, a no impedírselo su orgullo, fuera llorar como un niño.

El reloj de la habitación dió seis toques lentos; Luisita levantóse asustada.

—Julio, ¡las seis!... ¡Y mamá que estará aguardándome ya!...

—Quédate un rato más; cinco minutos...

—¡No puedo! ¡no puedo!—continuó ella, mientras que con gesto nervioso se colocaba apresuradamente el sombrero.

—¿Nos veremos mañana, antes que te vayas?

—Yo no puedo venir más aquí; el vapor sale a las diez; ven tú hasta el puerto.

—Sí, sí, iré... dame un beso... es el último... porque... mira, tengo un presentimiento.

—¿Cuál?—dijo ella, deseosa por terminar de una vez.

—Quizá te ofenda lo que voy a decirte... Muchas veces, al verte así como ahora tan apurada, tan intranquila, como molesta por mi presencia o mis palabras, he pensado si tú me quieres tanto como dices, como yo quiero que me quieras...

—¡Tontito!... te atormentas, y eso no me gusta... tú ya sabes todo lo que he hecho por ti, lo que he arriesgado cuando cedí a tu deseo viniendo a pasar tantas horas aquí, a este rinconcito tan amado de los dos... ¿crees

Algunos premios a la virtud



que hubiera hecho esto una mujer que no te adorase?... ¡Vamos, vamos! no te aflijas así... ¡más penas tengo yo al fingir alegría cuando mi corazón llora. Dame un beso, un beso muy fuerte, muy largo, para que abraza mis labios y los tuyos todo el tiempo que no nos podamos besar...

Se besaron apasionadamente.

Las sombras cubrían ya parte de la salita; por la ventana, a ratos, traída por una brisa ligera, llegaba la fragancia de todas las flores del jardín. El momento pleno de esa ternura melancólica de los atardeceres ponía una como dulce congoja en los dos corazones.

El sol, penetrando en el dormitorio, despertó a Julio de un sueño pesado, intranquilo. Cuando ya a la madrugada consiguió adormecerse había pasado revista a todos los acontecimientos que trajeron por consecuencia esa unión furtiva con Luisita.

Fué una de esas tantas aventuras galantes que le crearon fama de Terro entre los muchachos alegres de su amistad.

Una tarde se encontraron en Palermo: él la saludó al pasar al lado del carruaje, llevado por ese instinto, ya hecho carne en todo "flirteador" de oficio; ella dió vuelta la cabeza, desdeñosa, y, ante las carcajadas de sus amigos que celebraban escandalosamente el fracaso, prometió anotar a la altiva y hermosa mujer para unos meses después como nueva conquista.

Y así fué: empezado el asedio y luego seguido con tesón por confiterías, bailes y reuniones de moda, se hizo presentar a la familia, que dicho sea al pasar, no le miraba con malos ojos.

Con el trato voluble y caprichoso de Luisa, lo que en principio fué sólo amor propio, necesitado de una rehabilitación, convirtiéndose paulatinamente en cariño intenso, hasta el punto que, cuando ya suya, se vió ligado con el

corazón sin darse cuenta siquiera.

Tal imperio ejercería sobre su voluntad, que abandonó, a su pedido, su vida disipada y vacía de antes.

Espíritu culto y refinado, instaló una casita pequeña, llena de "confort" y de elegancia, para pasar las horas que la querida mujer robaba a su agitado vivir de sociedad.

Y ese nido de sus amores, en el que por espacio de seis meses vagó el suave perfume de heliotropo que gustaba Luisa, quedaría ahora vacío porque Luisa se iba, siguiendo a los padres, a Europa.

El mismo sol que despertó a Julio, atravesando los cortinados que ocultaban la cama, hizo desmerecer a Luisa. Y allí, entre las colchas que guardaban la tibieza adorable de su cuerpo, con los ojos entornados, en la boca un lindo mohín de desdén, también pasó una rápida mirada retrospectiva a su vida de hacía años.

Asediada por el muchacho que una tarde saludóla, y a quien altivamente volviera las espaldas, comenzó a reparar, por insinuaciones de sus amiguitas, en el apuesto mozo de mirada atrevida que en todas partes era el primero en brindarse su caballero.

Como se reconocía simpática, bonita, agradable de trato, hizo durar el sitio cuanto quiso, mas sin sentir ni el más leve cariño, empujada, eso sí, hacía él por la fuerza de atracción que reside en todo galanteador empedernido.

Y cuando ella contó en su haber con la primera aventura galante, bien segura de que no duraría sino poco tiempo su situación, sufrió un rudo desengaño: el amor de Julio, apasionado y vehementemente, ligola a él por el temor, y entonces fué cuando se decidió a dejarse llevar por los acontecimientos, esperando el día en que sucediera lo inevitable, esto es el cansancio de su amante.

Habían pasado unos cuantos meses

de estos sucesos y, sin embargo, ese estado de cosas no variaba; ella sin poder romper, primero por su conveniencia y luego por la simpatía y la bondad que en su corazoncito de chiquilla habían despertado el cariño de Julio, y éste cada vez más enamorado de su capricho de una tarde.

Los últimos pasajeros acababan de trasponer la planchada del trasatlántico listo a zarpar.

En el muelle, el ir y venir de numerosas personas, el murmullo de las conversaciones y el rodar de los carros uníanse en un concierto ensordecedor.

Apoyada en la borda, Luisa charlaba a gritos con sus amigas que habían quedado en tierra, lanzando de rato en rato una mirada a Julio, que, detrás de un grupo, la contemplaba silencioso, con un profundo dolor reflejado en los grandes ojos negros.

Entonces?... ¿era verdad?... ¿se iba?... ¿se iba por dos años, quizá por más tiempo aún, como había sabido esa mañana?

¿Por qué le había engañado así? ¿Por qué no lo quería? ¡Al contrario, esa mentira decía claramente cuánto era el cariño de Luisa!

¿Acaso no le había engañado para hacerle menos dolorosa la despedida, fría, fría, sin un beso, sin un apretón de manos, sin una sola palabra confortadora?

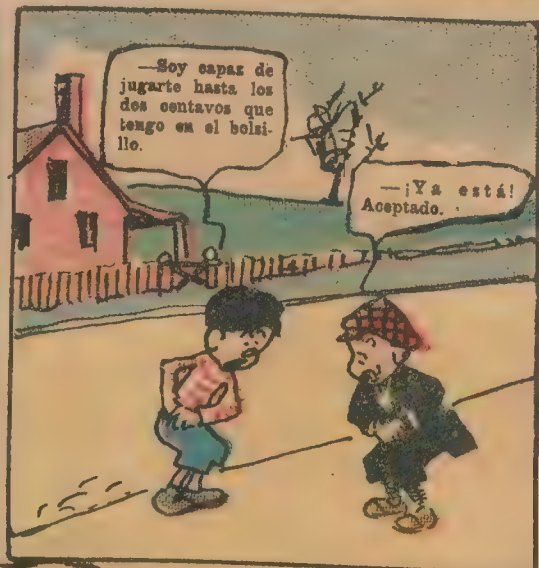
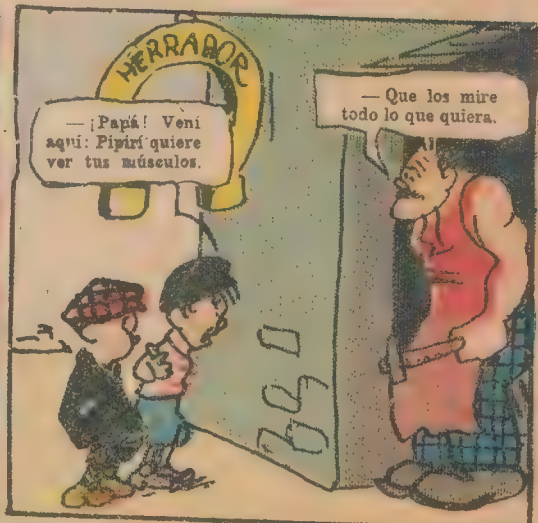
Una última pitada y la planchada se izó a bordo.

Lentamente el vapor comenzó a separarse de los costados de la dársena.

Los pañuelos se agitaron en un adiós cariñoso; Julio trataba de distinguir entre las blancas telas que el viento agitaba la que iba dirigida a él. ¡Sí, sí, aquella era!... ¡Así tenía que despedirse la mujer querida, en una despedida que abarcaba a sus amistades y a su amante de seis meses.

(Continúa después de la página infantil)

PÁGINA INFANTIL. — Aventuras de Pipirí



Lysiform

Desinfectante poderoso
para todo uso



INDISPENSABLE
 PARA LA TOI-
 LETTE ÍNTIMA
 DE LA MUJER.

VENTA EN TODAS PARTES

Únicos Concesionarios:

MENDEL y Cía.
 BOLÍVAR, 879
 BUENOS AIRES

Las molestias de las Hemorroides

Sensaciones de pesadez en el ano, falsos deseos, marcha y estaciones de pie o sentado dolorosas, congestión aumentada por el calor de la cama, dolores irradiados hacia el sacro, lomos, vejiga y órganos internos, dolores de cabeza, insomnios, pesadillas, zumbidos de oído, flujo sanguíneo, alteraciones del carácter.

Todo esto, sin mencionar las complicaciones posteriores, le produce una sola crisis hemorroidaria.

Piense usted en que esto lo podrá Vd. tener tres o cuatro veces por año y se dará cuenta del porvenir desastroso que le espera.

¡CUIDE SUS HEMORROIDES!

Evite las congestiones, pues tiene Vd. a mano el soberano remedio: **NORIDAL**.

Se evitará Vd. con el uso de éste, todas las ulceraciones que son capaces de producirle sus hemorroides, que hoy no le molestan mayormente. Evitará también la operación, con todos sus peligros, entre los cuales se encuentra la estrechez del recto, producto de cicatrices veciosas post-operatorias.

Las fistulas del ano, son casi siempre producidas por las hemorroides. ¡Cúrelas, pues, y evitará aquéllas!

El **NORIDAL** le servirá para todo. Su uso sencillo y su poco costo, hacen que esté al alcance de todos.

En el envase lleva la cánula que aplicará sola el remedio e impedirá que usted se infecte con sus dedos al aplicar pomadas.

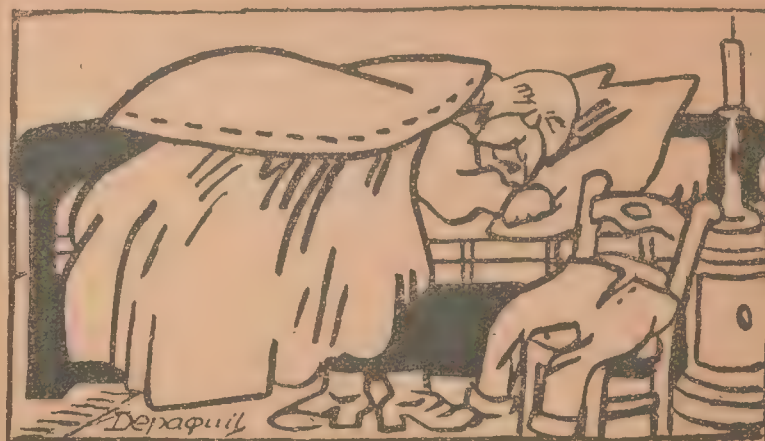
El **NORIDAL** es el médico de las hemorroides.

Aprobado por el Departamento Nacional de Higiene, Certificado 8358.

Precio de venta: \$ 3.50 el pomo.

Únicos concesionarios: **MENDEL y Cía.**, Bolívar, 879, Buenos Aires.

ORGULLOSO



"La noche es buena consejera", dicen... ¡No admito consejos de nadie! ¡Ni siquiera de la noche!

(Continuación de LA MENTIRA)

El pobre muchacho siguió largamente con la vista al gran buque que se alejaba.

Sólo un pañuelo se movía aún: el de Luisita, para él, para él solo.

Y con ingenuidad infantil, con esa ingenuidad de los grandes amores, rogaba en silencio: ¡Dios mío!... ¡cuánto la quiero! ¡Haced que no la olvide... que nunca me olvide!...

Mientras que en el barco que la conducía muy lejos, a otras tierras extrañas, Luisita, la muchacha coqueta y vana, pero buena, exhalaba un gran suspiro de alivio.

Nada se podía reprochar. Deja-

ba a su amante con la dulce ilusión de un cariño verdadero, correspondido, ilusión que la ausencia tan larga debía borrar, como ella lo borraba ahora nerviosamente de su corazón.

¡Dos años! ¡Pero si el cariño de un hombre no dura tanto tiempo!...

Cuando regresara, tal vez casada, ninguno de los dos se acordaría de la pequeña aventura de amor.

Y disgustada porque este pensamiento no la satisfacía del todo fué a unirse a su familia, que tomaba posiciones en la cubierta para esperar la hora del almuerzo.

Enrique OSES.

Un templo tallado en la roca

Anuradhapura que fué capital de Ceilán en el siglo V (antes de Jesucristo) alcanzó su mayor magnificencia en los comienzos de nuestra era, pero dejó de ser residencia regia el año 769. Hoy no conserva más que ruinas muy interesantes que se dividen en tres clases: "dagobas", edificios monásticos y "pokunas". La dagoba es una construcción en forma de campana erigida sobre algunas reliquias de Buda o de alguno de sus principales discípulos. Estas construcciones son innumerables en Anuradhapura y sus dimensiones varían desde

un metro de diámetro hasta las que forman enormes masas de piedra.

Los edificios monásticos, que también abundan, se alzan sobre plataformas de piedra y tienen muchas columnas.

Las "pokunas" son piscinas para baños o depósitos de agua potable para beber y para el riego.

Pero lo más curioso de todo es un templo que no sólo llama la atención por lo interesante de su trabajo, sino porque se halla tallado en la roca viva.



Cómo recibe el obrero norteamericano al propagandita bolchevista.

(De "Life".)

PUCHITOS

El corazón late de 70 a 86 veces por minuto, pero ese número de pulsaciones varía mucho según la edad: en el recién nacido es de 130, en el niño de siete años, de 85, en el adolescente de 80. El corazón del adulto tiene por lo general 75 pulsaciones y el del anciano 65.

Antiguamente, entre los hindús, se practicaba una ceremonia muy extraña para hacerse perdonar los pecados. Uno se colocaba en el plato de una gran balanza que existía en algunos templos y hacía colocar en el otro plato diversos productos hasta obtener el equilibrio. Los que se acusan de gula—refiere un explorador—se pesan con miel, azúcar, huevos y manteca; los que se entregaron a los placeres sensuales se pesan con algodón, seda, perfumes y vino, y los avaros se pesan con monedas de poco valor.

Todos los objetos puestos en la balanza son para los sacerdotes, los brahmanes, que perdonan los pecados.

Entre los elefantes, como entre otros animales, nacen a veces individuos de pelaje blanco, debido a la degeneración llamada albinismo. En Siam un elefante blanco es venerado como si fuera una divinidad. Le dan de comer en vajilla de plata dorada, y cuando lo llevan de paseo, seis personajes sostienen un dosel sobre su cabeza. A dondequiera que va, la multitud le saluda con músicas y pomposas ceremonias. El motivo de este culto es que el alma del dios Rama pasó sucesivamente por ochenta mil cuerpos diferentes, y el último en que habitó fué el de un elefante blanco.

En algunas regiones de Corea, el matrimonio es una ceremonia muy poco complicada: el futuro esposo monta a caballo, da una vuelta por el pueblo y se detiene a la puerta de la casa donde vive la joven con quien quiere unirse en matrimonio. Si la joven consiente, los padres la entregan al jinete, que se vuelve a su hogar, ya casado.

Hay cuatro tipos de pasos,—dicen algunos psicólogos. Los pasos cortos y precipitados son propios de las personas superficiales, de los pesimistas, de los intelectuales y de las mujeres frívolas. Los pasitos lentos parecen indicar a personas de espíritu sencillo y sereno. Los pasos largos y lentos pertenecen por lo común a personas de voluntad reflexiva y de firme previsión, mientras que los pasos largos y rápidos atestiguan un temperamento ardoroso, enérgico y combativo. Los emprendedores, los que tienen mucha confianza en sí mismos, caminan en línea recta y golpeando el suelo con el talón; los astutos e insidiosos caminan describiendo curvas sinuosas; los melancólicos y desalentados arrastran los pies; los enérgicos extienden con fuerza el jarrete; los negligentes y despreocupados caminan balanceándose, y los tímidos van junto a la pared.

Uno de los miembros de la Academia de Medicina de París, habla de los inconvenientes que para la salud de la vista tiene la posición encorvada que adoptan la mayor parte de los ciclistas. En su opinión, esta actitud produce modificaciones orgánicas de los músculos motores del globo del

DOMÉSTICA



—Mamá se pone un velo...
—Más vale así: echa un velo sobre el pasado.

ojo y perturbaciones de la refracción. Por otra parte, la presión viva y constante del aire, a causa de la velocidad con que marcha el ciclista o el automovilista, puede también tener consecuencias molestas para la vista.

Esta última incomodidad, agravada por la acción irritante del polvo, se evita con el empleo de anteojos cerrados.

Los primeros periódicos sudamericanos

La amplia información y la extensión mundial que han alcanzado en estos últimos tiempos los diarios y revistas de Sud América, que los pone

en la misma escala que los mejores de Europa y Norte América, ha tenido por punto de partida, en el remoto virreinato del Perú, el humilde boletín que veía la luz cuando un acontecimiento de caracteres extraordinarios aseguraba su éxito.

Así, la primera publicación de carácter noticioso que se imprimió en Sud América fué a raíz de la captura del pirata inglés Richard Hawkins y su buque "The Lainty", en las costas del Perú en el año 1594, justamente diez años después de introducir la imprenta en Lima; tal fué el punto de partida del periodismo colonial. Veinticinco años más tarde, empezaron a publicarse con mayor o menor regularidad hojas sueltas, informativas, que serían hoy calificadas como "bo-

letines extraordinarios" de los grandes rotativos, pues como ya dejamos dicho, aparecían únicamente cuando algún suceso de nota lo motivaba.

En 1620 apareció una "Relación de Cosas Notables del Perú", y al año siguiente, las "Nuevas de Castilla. Venidas este Presente Año de 1625 por el mes de Octubre" y un "Sumario de las Nuevas de la Corte y principios del Nuevo Gobierno de la Católica Majestad del Rey don Felipe IV, Nuestro Señor".

Es probable que durante gran parte del siglo XVII, las noticias del día, o mejor dicho, las del mes, fuesen publicadas con regularidad aproximada, teniendo los números los rasgos esenciales de un diario. Aparecían por lo general una vez al mes en papel de cuatro páginas en cuarto menor, e impresas en tipos pequeños. Presentábanse las noticias en forma de diario y sin referencia a fechas posteriores por más pertinentes que fuesen al respectivo acontecimiento. Además de las ediciones mensuales, que contenían noticias sudamericanas principalmente, se daban al público hojas extraordinarias, con las últimas nuevas europeas, tan pronto como era posible después de la llegada a la capital de los mensajeros encargados de la importante misión de llevar las cajas en que se encerraban las órdenes e instrucciones reales, la correspondencia pública y particular, las comunicaciones de los superiores de las órdenes religiosas y los paquetes con los diarios de Madrid y Sevilla. Estos papeles, remotísimos antecesores del telegrama cifrado de nuestra época, suministraban la base para un extracto de noticias europeas, suplementado ocasionalmente con la reimpresión de toda una hoja cuando un solo acontecimiento por su interés lo reclamaba.

El impresor de la "Relación" y del "Sumario", y también de las periódicas publicaciones que se iniciaron en aquella época, fué Jerónimo de Contreras, fundador de la imprenta que dió a la estampa casi todas las noticias que se publicaron en Sud América durante los cien años sucesivos. Contreras se había establecido en Sevilla, en donde publicó en el año 1618-1619 las obras de un hermano franciscano que entonces acababa de volver del Perú. Un año después el nombre de este impresor apareció por vez primera en una obra impresa en Lima. El recién llegado no tardó en relacionarse con la familia de su principal competidor, y en poco tiempo llegó a ser reconocido como el primer impresor de Lima.

Sucedíole en 1641 su hijo José, quien sostuvo el establecimiento hasta 1688. El hijo de este último, José de Contreras y Alvarado, empezó a publicar obras con su nombre en 1686; parece que fué el más afortunado de la familia, y que hasta 1712 fué el solo impresor que hubo en Lima. Obtuvo en 1694 el muy lucrativo privilegio de la impresión de las cartillas usadas en las escuelas; había obtenido también el nombramiento de impresor real, el de impresor del Santo Oficio, del Tribunal de Cruzada y de la Universidad de San Marcos.

José de Contreras y Alvarado, además de sus negocios, dirigía, según parece, la publicación noticiosa que él publicaba, y tenía aficiones poéticas. En 1713 sucedíole su hermano Jerónimo, con quien estuvo asociado desde 1677 y con el cual desaparece el último de los impresores de su apellido.

Los Contreras tuvieron, en esta forma, la mayoría de las ediciones periodísticas de Lima, ciudad que fué la primera en editar obras de la América española.

En junio de 1810 se inició en Buenos Aires la publicación de diarios, en todo lo que significa el término, con la "Gaceta de Buenos Aires", en la que palpan todos los acontecimientos de aquella época.

ULTIMAS NOTICIAS DE LA CONFERENCIA DE LA PAZ



—¿Están hablando?
—Sí, hablan.
—¿Toman decisiones?
—No; toman el té.

Overland

LA MARCA DE SATISFACCIÓN



Cuatro cilindros
Magneto de alta tensión
Arranque y alumbrado eléctricos

Modelo 85B, 7 asientos,

\$ 4750^{m/n.}

Modelo 90, 5 asientos,

\$ 4000^{m/n.}

Con ruedas de alambre,
precio adicional \$ 300.— m/n.

Los dos modelos disponibles
para inmediata entrega

P. A. HARDCASTLE

Plaza Mayo-Pasaje Overland-Bs. Aires

EL CRIADO VIEJO

(CUENTO POLACO)

No había modo de evitar que se entrometiera siempre en la conversación de la familia, en las horas del almuerzo o la comida, y siempre para dar una opinión contraria de la que oía.

Muchas veces veíase obligado nuestro padre a dirigirle la palabra, e interrumpirle en sus vueltas alrededor de la mesa, diciéndole y ordenándole cosas más o menos análogas a ésta:

—Mikolai, ve a la mesa de los sirvientes, y de paso dile a Matías que ate los caballos al coche; daremos un paseo después de comer.

—Un paseo en coche!—refunfuñaba entre dientes Mikolai—¿y por qué no, después de todo? ¡Dios mío! ¿para qué se han hecho los caballos sino para atarlos a los coches, aun cuando tengan que romperse las patas por estos pésimos caminos? Si eso es natural, hay que hacer visitas. El personal de servicio está pronto. ¿Acaso me opongo yo a que salgan en carruaje? ¡De ninguna manera! Aunque yo tenga mi quehacer, y me falte revisar el libro de gastos ¿qué importa? ¡Las visitas ante todo!

—Este Mikolai es una verdadera calamidad!—solía exclamar al fin mi padre perdiendo la paciencia.

—Como si no estuviese yo de acuerdo con que soy un tonto!—volvía a responder Mikolai.—Sí, señor, sí; yo soy el primero en reconocer que soy un imbécil de primer orden. El intendente ha ido en coche a Nievoldow con su señora, y el dueño de casa no ha de poder salir también si se le antoja? ¡Pues sería bonito! ¿Lo que se permite un sirviente, bien se lo puede permitir el amo!

Y el viejo oso continuaba gruñendo en esta o parecida manera, sin que nadie se lo pudiera impedir.

En cuanto a nosotros—y cuando digo nosotros me refiero a mí, y a mi hermano segundo,—se temían más que a nuestros maestros, más que al padre Ludovico, y puede decirse que muchas veces, más también que a nuestros mismos padres. Con mis hermanas era más respetuoso. En cada una de ellas, aunque eran mucho menores, reconocía una señorita, pero a nosotros nos trataba al estriote.

Y, sin embargo, el viejo Mikolai tenía para mí un encanto especial, nunca le faltaban balas en los bolsillos. Generalmente después de mis lecciones me iba a la repostería, donde él tenía plantados sus cuarteles, y chancaba y le adulaba y rondaba en torno de él, diciéndole en voz baja:

—¿Qué tal, Mikolai? ¿No cargas hoy la carabina?

—¡Hum! ¡Hum! ¿qué es lo que andas haciendo por aquí? Sí, sí; ya sé a lo que vienes...

Y agregaba en seguida remedándose:

—¡Mikolai, Mikolai!... Cuando quieren balas vienen inmediatamente a rondar en torno de Mikolai, y dale que dale... Pero si no fuera por eso, bien podrían comérselo los lobos, que no se les importaría un bledo. Ah, no eres tonto, no, para tu edad!...

—Ya he dado mi lección, contestábale yo a punto de soltar el llanto.

—¡Dado tu lección! ¡hum! ¡entonces todo va bien! ¡Y éste estudia! ¡y estudiando queda con la cabeza tan vacía como un cascarón de nuez! ¡No te doy balas! ¡no, señor!—Y a la vez que decía estas palabras buscaba en sus bolsillos.—Te darías con una en un ojo, y después... ¿de quién era la culpa? ¿Pues de quién había de ser? ¡De Mikolai!

Y siempre gruñendo entraba al gabinete de papá, descolgaba de la pared una de las tantas pistolas que allí había, soplabla encima para qui-

tarla el polvo, encendía una vela, cargaba el arma, y me hacía tirar a la llama, lo que me valía no pocas burlas:

—¿Cómo toma la pistola! ¡Si parece un cabo furriel!... ¡Sería mejor que apagaras las velas de la iglesia! ¡Sirves más para sacristán que para soldado!

De cuando en cuando nos enseñaba la táctica militar. Con mucha frecuencia, después de comer nos hacía marchar. Y el padre Ludovico marchaba también con nosotros, aunque lo hacía de un modo muy divertido por su poca destreza para ello.

Entonces Mikolai lo solía mirar de rabo de ojo, y aunque sentía por él todo el respeto debido a su carácter sacerdotal, no podía hacer por menos de gritarle:

—Padre, vuestra reverencia marcha como una vaca vieja!

Como yo era el mayor, Mikolai me mandaba directamente y me hacía sufrir bastante. Sin embargo, cuando se trató de mandarme a pupilo al colegio de la ciudad, el viejo Mikolai puso el grito en el cielo, como si le arrebataran su mayor felicidad. Mis padres contaronme después que durante dos semanas consecutivas siempre había tenido los ojos húmedos de llanto, y que no hacía otra cosa que repetir en tono gruñón:

—¿Sabe Dios a dónde han mandado al niño! ¡Y si se muriera por allí! ¡Qué desgracia! ¡qué desgracia! ¡Para qué sirve el colegio? ¿No hay acá un preceptor? Van a enseñarle el latín para hacer de él un nuevo rey Salomón. ¡Qué tontería! ¡Y con eso el niño está lejos, y yo, pobre viejo, me paso todo el día buscándolo por los rincones de la casa como si se me hubiera perdido!

Todavía me acuerdo del primer día de fiesta que fui a pasar a casa. Todos dormían aún cuando llegué. Era a la hora del amanecer de un día de invierno, y nevaba. Sólo interrumpía el silencio el cencerro de los cabreros cerca del arroyo y el ladrido de los perros en el patio. Los postigos estaban cerrados; únicamente la cocina ostentaba sus ventanas iluminadas por un vivo resplandor, que teñía de rosado la nieve amontonada delante del dintel. Sentíame entonces bastante triste y desazonado, porque mi primera nota de clasificaciones no era excesivamente satisfactoria. Temía a mi padre, y me asustaba la cara severa y el silencio imponente del padre Ludovico, que me había traído de Varsovia. Hallábame pensando angustiosamente en todo ello, cuando de pronto veo abrirse la puerta de la cocina y avanzar el viejo Mikolai, por encima de la nieve, con la nariz enrojecida por el frío, llevando una bandeja con dos tazas de vino caliente y humeante. Así que me vislumbró, exclamó:

—¡Ah, mi pobre señorito! ¡mi querido niño! Y puso en el suelo la bandeja, volcando las tazas, y me abrazó estrechamente contra su corazón. Desde aquel día no me llamó sino "señorito". Pero, sin embargo, no pudo perdonarme en dos semanas la volcadura de las dos tazas:

—Yo estaba ocupado, en aquel momento—decía con su voz gruñona—bien pudo haber venido a otra hora: fué muy inoportuno!

Mi padre tenía intenciones, o por lo menos había prometido darme una buena soba por mis dos clasificaciones "mediocres", la una de caligrafía y la otra de alemán; pero desistió de ello, tanto por mis lágrimas y la solemne promesa que le hice de adelantar en el semestre siguiente, como por la intervención de mi bondadosa ma-

dre, resultado que no hubiera obtenido Mikolai con todas sus ruidosas manifestaciones. Oh, lo que era a ese, se le importaba un bledo todo lo concerniente a la caligrafía; y en cuanto a la lengua alemana, se burlaba de ella como de la hotentote.

—Pero si no es un luterano ni un teutón!—exclamaba.—¿Acaso el señor coronel aprendió el alemán?—agregaba dirigiéndose a mi padre.—¿Lo habla el señor acaso? Cuando anduvimos por tierra alemana, Dios sabe con qué nombres de pueblos nos topábamos, y en cuanto a los alemanes nunca les hablamos en su idioma, ni les vimos más que las espaldas.

El viejo Mikolai tenía una cualidad: la de no hablar sino muy rara vez de sus campañas; pero cuando estaba de buen humor y se le daba cuerda, mentía con aire bastante empujado. Y esto tenía su razón de ser: porque en su vieja cabeza entremezclábanse los hechos, armando fantásticas combinaciones. Lo poco que recordaba de las hazañas militares de que había sido testigo en su juventud, se amalgamaba con sus propias aventuras, y en sus relatos siempre daba el lugar más eminente a mi abuelo, el coronel, y estaba convencido de la realidad de sus historias forjadas de ese modo. Muy a menudo mientras se trillaba el trigo se ponía a contar sus aventuras con un brío tal que los labriegos interrumpían la faena, para escuchar con boca abierta, apoyados contra la máquina, la narración de aquellos prodigios. Como era natural, en cuanto se daba cuenta de ello se enfadaba:

—¿Qué tenéis que apuntarme con vuestras bocas abiertas como si fueran cañones, hato de jumentos?

Entonces todos proseguían los interrumpidos trabajos y se oía por largo rato el ruido acompasado de los batanes al golpear sobre la paja. Callaba también el viejo, pero al poco tiempo volvía a comenzar:

—Mi hijo me ha escrito que acaba de obtener el grado de general en el ejército de la reina Palmira. Es una gran cosa para él, pues me dice que tiene un gran sueldo y muchos honores; el único inconveniente es que, según parece, hace por allí un frío terrible.

Haré notar a propósito de esto, que los hijos del viejo no habían seguido absolutamente sus consejos. Tenía realmente un hijo, pero fué un terrible forajido, y cuando tuvo edad, después de haber cometido Dios sabe cuántos delitos, desapareció en el vasto universo sin dejar huella de sí; tenía además una nietita llamada Hania, cuya madre había muerto repentinamente. Era muy linda, pero bastante delicada de salud; jugábamos juntos a los soldados. Hania tocaba el tambor; las ortigas eran nuestros enemigos. Era buena y dulce como un ángel. Pero... esto no tiene nada que ver con mi cuento.

Volvamos a los relatos del viejo Mikolai. Escuchándolos fué como supe la sorprendente historia de la disparada de diez mil caballos de ulanos que en su carrera infernal flanquearon todos los obstáculos y llegaron a Varsovia, donde esparcieron el terror matando a centenares de personas antes de que se les pudiera contener y sujetar. Otra vez, no ya en la granja, sino en la rueda del patio de la casa, contó lo siguiente:

—Si me he batido alguna vez? Pues ya lo creo, no una, ni diez! Y ahora mismo me acuerdo de un episodio, cuando estábamos en guerra con los austriacos. Yo estaba en la fila, en la línea de batalla, cuando de pronto se adelanta un general, naturalmente un general enemigo, un austriaco, y me dice: ¡Hola! Tú eres Sychowolski, ¿no? Te reconozco. Batámonos en singular combate y terminará la guerra.

—Y no dijo nada del coronel—preguntó mi padre.

—Naturalmente que sí, y me parece que he dicho bien claro que hablaba del coronel y de ti.

El padre Ludovico perdió la paciencia y replicó:

—Mikolai, estás mintiendo!

La frente del viejo se arrugó, iba a estallar, pero se contuvo, porque tenía mucho respeto por los sacerdotes; y aunque no permaneció callado mucho tiempo, se contentó con decir únicamente algunas palabras para enmendar la plancha que acababa de hacer.

—Lo mismo me dijo una vez el capellán militar. Eso fué una vez que yo había recibido un bayonetazo debajo de la duodécima, quiero decir, la quinta costilla, y mi situación no era nada halagüeña. ¡Ah! ¡decíame a mí mismo: de esta hecha me mueres! Así es que me confesé de mis pecados a Dios Todopoderoso, por intermedio

bajo la dirección de nuestro vecino Pan Ustrzycki, que era un lobero célebre. Le escribió en consecuencia una carta, y se la envió por Mikolai, a quien dijo:

—El carrero va a la ciudad por aguardiente; parte con él, Mikolai: bájate al pasar por la casa de Ustrzycki y entrégale esta carta; tiene res puesta; aguárdala y no te vengas sin ella.

Mikolai tomó la carta y partió con el carrero. A la tarde el carrero volvió, pero sin Mikolai. Mi padre pensó que sin duda alguna pasaría la noche en casa del vecino y regresaría acompañándole a la mañana siguiente.

Pero pasaron tres días y Mikolai no volvía ni se tenía noticias de él. Por último mi padre se asustó, temiendo que al volver hubiese sido atacado por alguna tropilla de lobos, y envió algunos criados en su busca.



del capellán Sieckbucki; y el capellán me escuchaba, y me escuchaba, y por último me dijo:

—Teme la justicia de Dios, Mikolai, pues todo lo que estás diciendo no es más que un manejo de mentiras!

—Puede ser—le contesté yo;—pero eso es todo lo que recuerdo.

—Y te pudieron curar?

—Si me pudieron curar? ¡Es decir, me curé yo! Por qué me habían de curar los otros? ¡Me curé yo solo! Eché dos cargas de pólvora en un vaso de schnaps, y me lo tomé de un trago antes de acostarme; al día siguiente por la mañana me levanté sano y contento como un pez en el agua.

La carrera militar le había dejado otra particularidad: cada vez que se le encomendaba alguna comisión la desempeñaba con la mayor conciencia y exactitud. Recuerdo a propósito de ello, que un invierno los lobos habían empezado a cometer grandes estragos por los alrededores, y se atrevieron hasta a penetrar en tropillas a la aldea. Mi padre entonces, que era un famoso cazador, quiso organizar una gran batida, pero descaba grandemente que se llevara a cabo

Pero por más vueltas que dieron no encontraron rastros de él. Se mandó a preguntar a la casa de Ustrzycki, y contestaron que, en efecto, había estado por allí, pero que no habiendo encontrado al dueño de casa para quien llevaba una misiva, preguntó dónde se hallaba, pidió cuatro rublos a un sirviente y emprendió camino sin decir para dónde iba.

Todos nos miramos con asombro, sin atinar a explicarnos lo que pasaba. Poco después otros criados que se volvieron a mandar tras de él regresaron también de diferentes pueblos sin haber sido más felices en su pesquisa. Comenzábamos ya a preocuparnos tristemente de su suerte, cuando el décimo día después de su partida, cabalmente en el momento en que papá se preparaba a dar parte del hecho a la cancellería, oímos tras de la puerta un ruido de pasos y reconocimos la manera de toser y el refunfuño característico de Mikolai. Efectivamente, era él; llegaba tiritando, medio muerto de cansancio, enflaquecido, con la barba salpicada de copos de nieve; en fin, costaba trabajo reconocerle.

—Mikolai!... ¡Alabado sea Dios!

—exclamó mi padre.—¿Dónde has estado durante todo este tiempo?

—¿Que dónde he estado? ¿Qué he hecho?...—gruñó Mikolai.—¿Qué era lo que tenía que hacer? No encontré al señor Ustrzycki en su casa, y fui a buscarle a Brin. Allí se me dijo que Pan Ustrzycki acababa de salir para Karchówka. Fui también allí, pero tampoco le encontré. ¿No tiene acaso derecho de pasear por donde le parezca? Es muy dueño. Lo que sí, no anda a pie, no. Fui luego a la ciudad; porque me dijeron que había ido después allí por algunos asuntos que tenía que arreglar en el club. ¿No es alcalde o teniente alcalde? Tal vez tenía un juicio en apelación. Por fin lo encontré en la casa de gobierno y le entregué la carta.

—Y te dio la contestación?

—Escribió una, pero es lo mismo que si no la hubiera escrito. Se echó a reír a carcajadas. ¡Tu amo—díjome—me manda una invitación de caza para el jueves, y vienes a entregármela el domingo después! Y volvió a reír con más ganas. Aquí está su carta. ¿Y por qué no había de reír? ¿Puede uno enfadarse por eso?

—Y qué has comido durante este tiempo?

—Comía lo que encontraba; pero no he tomado bocado desde ayer a la tarde. ¡Por eso traigo un hambre! ¿No me podrían dar aquí unas cucharadas de sopa o de cualquiera otra cosa? No he comido, y de buena gana tomaría...

Desde entonces no se volvió a encargarse a Mikolai de ninguna comisión indefinida, y siempre que se le enviaba a alguna parte se le explicaba exacta y detalladamente lo que tenía que hacer en caso de no dar con la persona indicada.

Algunos meses después tuvo ocasión nuestro viejo Mikolai de ir a comprar a la ciudad un caballo de tiro, pues era muy competente en este género de compras; por la noche nos advirtió el mayordomo que Mikolai había vuelto con el caballo, pero que traía la cara tan negra y azul a causa de los golpes que había recibido en una viña, que no se atrevía a presentarse.

Mi padre al oír esto le hizo venir.

—¿Qué es lo que te ha pasado?—le preguntó.

—Me he peleado—respondió sencillamente el viejo en tono brusco.

—Eso te servirá de escarmiento, viejo imprudente, para que no te entrometas en negocios y viajes de ferias. ¿Acaso has perdido la chaveta, vejstorio? ¡La culpa también es mía, que no mandé a otro en tu lugar! Peor para ti. ¡Debes de haber bebido! ¡Me echas a perder todos los criados, en vez de darles buen ejemplo! Mi padre se enfadó verdaderamente ese día y no estuvo para bromas. Pero lo más sorprendente de todo era que Mikolai, que en cualquiera otra ocasión, en semejantes circunstancias no se hubiera mordido la lengua, permaneció mudo como un pez. Guardó un silencio obstinado. Todas las preguntas que se le hicieron fueron inútiles. No se le pudo sacar nada. Tanto a unos como a otros contestaba tan sólo con sordos gruñidos, sin pronunciar palabra. La verdad era que lo habían puesto como nuevo. Al otro día estuvo tan enfermo que fué necesario mandar por el médico. Y fué él, quien nos dió por último todas las explicaciones del caso. Una semana antes mi padre había echado a empellones a un escribiente a quien sorprendió en flagrante delito de falsificación, y lo maltrató de tal manera que el hombre cayó rodando al barro. Este individuo entró en seguida al servicio de un cierto señor de Zoll, un alemán, enemigo declarado de mi padre. Habiéndose encontrado en la feria el tal señor de Zoll, el ex escribiente de casa y los criados del señor de Zoll que habían ido a vender algún ganado, con nuestro viejo sirviente, comenzó el señor de Zoll a mi-

rarlo de arriba a abajo, acercóse luego al coche y empezó a decir una cantidad de injurias y maldades contra mi padre. Mikolai no perdió una sola palabra de toda aquella retahíla de ultrajes, y como el señor de Zoll no llevara miras de concluir con sus insultos, Mikolai le asestó un latigazo. Inmediatamente el escribiente y los criados se arrojaron sobre él y le molieron los huesos y las carnes de un modo lamentable.

Cuando mi padre tuvo conocimiento de la verdad del caso, no pudo retener las lágrimas. Ni pudo perdonarse el haber amonestado tan reciamente a Mikolai, que con tanta paciencia y silencio soportó los infundados reproches. En cuanto se mejoró, fué papá a reírle de nuevo, pero cariñosamente, por no haberse disculpado a tiempo. Al principio no quiso el pobre viejo saber de nada, y se limitó a refunfuñar como de costumbre, entre sus bambas, pero al fin le venció la emoción y ambos se echaron a llorar como dos chicos.

Sin el doctor hubiera permanecido ignorado el acto de fidelidad de Mikolai. Pero Mikolai no hacía buenas migas desde hacía mucho tiempo con el tal doctor, por otro motivo. Tenía yo una tía joven y muy bonita, hermana menor de mi padre, que vivía en nuestra casa. Yo la quería con locura, porque era tan buena como linda. Así es que no me llamaba la atención que todo el mundo simpatizara con ella, inclusive el doctor. Este era joven, inteligente, y muy bien mirado en la localidad. Mikolai en un principio manifestó también sus simpatías por él, calificándolo de buen mozo y excelente jinete. Mas como el joven viniera a casa con bastante frecuencia y lanzara miraditas de soslayo a mi tía Marynia, la opinión de Mikolai sobre el doctor dió un vuelco completo. Trátale siempre atentamente, pero con frialdad, como a un desconocido, como a un extraño.

Por dicha para el joven médico, los sentimientos que inspiraba a mi tía Marynia eran muy diferentes de los del viejo Mikolai!

En una noche de estío, en que la luna iluminaba románticamente nuestro salón y en que el perfume de los jazmines entraba en ráfagas por las ventanas abiertas de par en par, mi tía sentóse al piano y tocó: "Io questa notte sogno".

El doctor se acercó a ella y le preguntó con voz emocionada, si creía que él podía vivir sin ella. Mi querida tía debió expresar algunas dudas al respecto. Lo cierto es que de una y otra parte se discutió el asunto, se tomó a la luna por testigo, y por último sucedió lo que suele suceder en semejantes circunstancias, que el doctor tomó la mano de mi tía e imprimió un beso en ella. Desgraciadamente, en ese mismo instante entró Mikolai a avisarles que el té estaba servido. El espectáculo que había presenciado le sugirió en el primer momento la idea de ir directamente a advertírsele a papá, y lo hizo, pero no lo encontró, porque había ido a la granja no sé por qué asunto. El viejo no se dió por vencido y salió con el mismo paso en busca de mamá, quien al oírle se sonrió y le aconsejó que se ocupara únicamente de su quehacer.

Mikolai, completamente corrido, no contestó palabra, pero pasó rondando gran parte de la noche, de manera que por último concluyó por encontrar a mi padre, quien de regreso de la granja pasó a su despacho a escribir algunas cartas antes de acostarse. Mikolai le siguió, se plantó sobre el umbral de la puerta y se puso a toser y a hacer ruido con los pies.

—¿Qué se te ofrece, Mikolai?—le preguntó mi padre.

—Es que... ¿cómo se llama, hombre?... Quisiera preguntarle al señor, si es cierto que se casa nuestra señorita... sabe usted... lo que se llama...

—¿Sí, es verdad? ¿Y qué hay con eso?

—¿No es posible! ¿Cómo? Nuestra señorita se casará con... ¿ese inútil?

—¿Qué inútil?... ¿Estás loco Mikolai?... ¡Siempre has de meter la nariz en todo!

—¿Acaso no es nuestra señorita la hija del coronel? El señor coronel no hubiera dado jamás su consentimiento. ¿Qué lo había de dar! Nuestra señorita merece casarse por lo menos con un conde. ¿Quién es ese doctor?... Esto hará reír a todo el mundo.

—Ese doctor es un hombre instruido.

—Instruido no digó que no. ¡Pero como si yo no hubiera visto nunca doctores! ¡Psh! iban y venían por el campamento, formaban parte del estado mayor, y después... ¡Cuando íbamos a pelear, ya no había doctores! El señor coronel no los llamaba de otro modo que "caballeros de la lanceta". Si un hombre está sano, en cuanto lo toca un doctor es hombre muerto. El doctor saca un pequeño cortaplumas y se acabó el asunto. Vaya una cosa difícil, eso de dar tajos a un hombre que no puede mover ni siquiera un dedo. Que traten de

AVISOS ESPECIALES

MEDICOS

Doctor ZAMBRINI

Profesor suplente de la facultad de medicina

Jefe de clínica del servicio de nariz, garganta y oídos del Hospital San Roque

531 - TUCUMAN - 531

2 a 4 p. m.

Dr. Apolo M. Ratto

SEÑORAS Y PARTOS

Cabildo, 2961

Unión Telefónica, Belgrano 1169

CONSULTAS DE 1 A 3 P. M.

Dr. J. M. Blanco Spangenberg

Del hospital Alvear

Venéreo - sifilíticas

De 3 a 6 p. m.

U. T. 4625, Lib. RIVADAVIA 1432

DENTISTAS

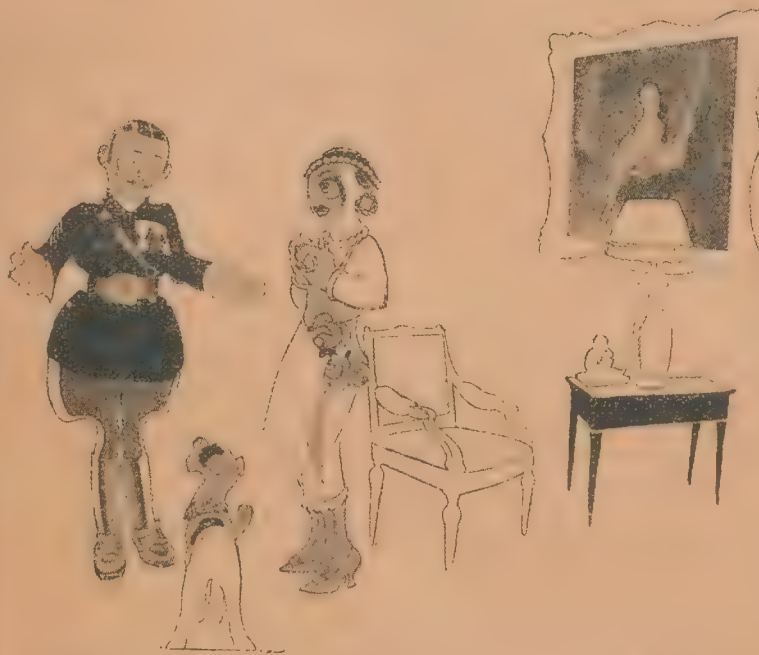
J. BONANSEA

Cirujano dentista de las

Facultades de Bolofia y Buenos Aires, Moreno 990.

U. T. 3699 (Libertad).

VIDA SOCIAL



—Cuente otra vez, capitán, eso del Marne y de Flandes. ¡Mi "Sultán" se entretiene tanto!...

hacerlo con alguno que esté sano, con un carabinero, por ejemplo. ¡Instruido! ¡Bonita instrucción la de saber cortar en pedazos a la gente! Eso no es nada. El señor coronel sería capaz de levantarse de su tumba si llegara a saber esto. ¿Qué es un doctor para un soldado?... ¡Si fuera un conde, no digo nada! ¡Pero no, si es imposible! ¡Nuestra señorita no se casará con él; eso sería ir contra todos los reglamentos. ¡Pues no es poca la ambición del mediquito!

Pero Mikolai no tuvo el gusto de ver evaporadas las ambiciones del doctor, porque el casamiento se realizó. Seis meses después verificóse la ceremonia del matrimonio, y nuestra señorita, la hija del señor coronel,

nos abandonó en medio de las felicitaciones, buenos deseos y bendiciones de toda la familia, y las lágrimas de toda la gente de servicio, siendo el que más enternecido estaba de todos ellos el viejo Mikolai.

No le guardó rencor a mi tía, porque la quería mucho para eso; pero a él no le perdonó nunca. No pronunciaba jamás su nombre y trataba con toda su voluntad de evitar todas las alusiones que pudieran recordárselo. Diré de paso que la buena y linda tía Marynia fué completamente feliz con el doctor Estanislao. Un año después, el Señor le hizo presente de un niño delicioso; al año siguiente fué una hija la que llegó, y fué siguiendo así año tras año mientras quiso Dios. Mikolai

quería a aquellos niños como si fueran sus hijos, y los cargaba, los arrullaba y los besaba. Pero, a pesar de todo eso continuaba considerando el casamiento de la tía Marynia como desigual y no se podía conformar con ello.

Una noche de Navidad en la que nos hallábamos reunidos todos los de casa, oímos el rodar de un coche que llegaba. Siempre teníamos, los días de fiesta, visitas de parientes, y mi padre le ordenó a Mikolai que fuera a ver quiénes eran los bienvenidos.

Mikolai salió, y regresó a poco con la cara iluminada por la alegría.

—Es nuestra señorita, nos gritó desde lejos.

—¿Qué señorita?—preguntó mi padre—aunque sabía perfectamente a quién se refería.

—La señorita.

—¿Pero cuál señorita?

—Nuestra señorita.

La señorita hizo su entrada acompañada por tres niños.

Sin embargo, Mikolai no había renunciado a su aversión al doctor Estanislao.

Aconteció poco después que Hania, la nieta del viejo criado, cayó gravemente enferma de fiebre tifoidea. Fueron muy tristes para mí los días de su enfermedad, porque Hania era mi amiga de infancia, mi compañera de juegos, y a la que quería casi como a una hermana. El doctor Estanislao pasó cerca de tres días sin moverse de la cabecera de la enferma. El viejo, cuya vida parecía pendiente de la de Hania, estuvo como un loco mientras duró la dolencia. No comía, no dormía, ni abandonaba la puerta del cuartito de su nieta, porque, con excepción de mi madre, a todo el mundo se le prohibía entrar.

Así aumentaba y cultivaba la angustia que le desgarraba el corazón con uñas de hierro. Aquel hombre que era como blindado para el dolor físico, lo mismo que para los reveses de la fortuna, sucumbía, sin embargo, al peso de la congoja ante una cama donde yacía enferma una niñita.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA
LOS MARTES

Oficina: P. COLÓN, 1266
BUENOS AIRES

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Capital	En el exterior	En el Interior
Trimestre . . . \$ 2.50	Trimestre \$ oro 2.00	Trimestre . . . \$ 3.00
Semestre 5.00		Semestre 6.00
Año 9.00	Semestre . . . 4.00	Año 11.00
N.º suelto . . . 20 cts.		N.º suelto . . . 25 cts.
N.º atrasado 40 . .	Año 8.00	N.º atrasado 50 . .

Dirección y Administración: P. COLON, 1266.—U. T. 184. Avenida

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los reporteros, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están avisados de una credencial de esta revista.

Por fin, después de muchos días de mortal angustia, entreabrió el doctor lentamente la puerta y con el rostro radiante de júbilo pronunció estas palabras:

—¡Fuera de peligro!

El viejo no pudo contenerse, y atropellando como un toro bravo, penetró en el cuarto, se echó a los pies del doctor y como le ahogaban los sollozos, no podía decir otra cosa que:

—¡Mi bienhechor!... ¡Mi bienhechor!

Hania no tardó en restablecerse por completo, y Mikolai se dedicó a querer al doctor, más que a sus propios ojos.

—¡Un espléndido mozo, decía a cada rato y con cualquier motivo, acariciando su espesa barba, un espléndido mozo, que monta a caballo con toda perfección!... Tal vez sin sus cuidados mi Hania... esa palabra no puede pasar por mis labios!

Como al año después de los sucesos que acabamos de referir, empezó a declinar el anciano servidor. Su cuerpo alto y erguido se encorvó, doblegábase al caminar, y cesó de refunfuñar y contar cuentos. Poco después cayó en un estado de puerilidad senil, era como un chico de nueve años. Dió en construir jaulitas y Menó de pájaros su cuarto.

Algunos días antes de morir dejó de reconocer las caras que le eran más familiares; pero en su último día su espíritu irradió como un fulgor supremo. Mi padre con mi madre enferma estaban de viaje en ese entonces. Por la noche, yo y mi hermano Casimiro nos hallábamos sentados junto al fuego acompañados por el padre Ludovico, que también había envejecido bastante: la nieve en torbellinos azotaba los vidrios, el padre rezaba el breviario; y yo ayudado por Casimiro me entretenía en revisar las escopetas, aprontándola para el día siguiente, pues teníamos proyectada una cacería. De pronto entró alguien del servicio y nos avisó que el viejo Mikolai estaba agonizando. El sacerdote se dirigió inmediatamente a la capilla y tomó el Santísimo Sacramento. Yo le seguía, respirando apenas, emocionado con la triste noticia.

El viejo estaba tendido sobre su cama, pálido, casi amarillo, casi rígido, pero tranquilo y en plena lucidez de espíritu. Era realmente hermosa aquella cabeza casi yerta, ornada de dos patillas blancas, verdadera cabeza de viejo soldado y de hombre honesto. La llama del cirio bendito esparcía un tenue fulgor en el cuarto, en uno de cuyos ángulos piaban los pájaros que él había criado. El anciano sostenía con una mano un crucifijo que había colocado sobre su pecho, mientras que Hania, blanca como un lirio, le besaba la otra. El sacerdote se acercó y le confesó. Después el moribundo, sabiendo que yo estaba, quiso verme:

—Mi amo y mi querida y digna señora están muy lejos de aquí—murmuró—por eso siento morir. Pero está usted en cambio cerca de mí, mi querido señorito, joven barón, mi amo también... Le suplico que cuide de esta huérfana... Dios se lo recompensará. No se enfade conmigo... si le hago esa recomendación... y perdóneme... he sido algo fastidioso... pero... siempre les he querido con toda sinceridad...

Y calló, cerró los ojos, volvió a abrirlos al instante, y con voz más alta y más rápida, como si hubiera tenido prisa y sintiera llegar la muerte, prosiguió:

—¡Mi querido señorito!... monseñor... mi huérfanita... En tus manos, Dios mío...

—Absuelvo el alma de este valiente soldado, de este criado fiel, de este hombre bueno—dijo solemnemente el padre Ludovico.

El anciano había cesado de vivir. Nos hincamos de rodillas junto a su lecho, y el sacerdote empezó a rezar las oraciones por los difuntos.

Muchos años han transcurrido desde

LOS APROVECHADORES DE LA GUERRA



—¿Para qué habría servido la guerra si no ganáramos más que ideales?

entonces, y la tumba del viejo servidor está cubierta de tupidas malezas. Tiempos tristes han llegado para nosotros. La tormenta ha despertado la santa y pacífica grey de nuestra aldea. El padre Ludovico reposa tranquilamente en su tumba. La tía Marynia también está enterrada ya, yo tengo que ganarme con la pluma el pan de cada día.

Enrique SIENKIEWICZ.

Ascendencia francesa del ex kaiser

En el templo del Oratorio, del Louvre, se ha celebrado últimamente el cuarto centenario del nacimiento del almirante francés Coligny. La reina de Holanda, descendiente del almirante, se hizo representar en la ceremonia. Otro personaje debió hacerse representar allí: Guillermo de Hohenzollern, pues el ex kaiser es también descendiente de Coligny. Pero a los franceses no les gusta recordar este parentesco entre una noble familia francesa y la casa que reinó en Alemania. La genealogía a que nos referimos es la siguiente: La hija de Gaspar de Coligny casó en 1583 con Guillermo de Nassau Dillenburg. Nació de este matrimonio Federico Enrique de Nassau, "stattholder" de los Países Bajos; su hija Luisa Enrique ta casó con Federico Guillermo I de Brandeburgo, llamado el Gran Elector. Federico III, nacido de esta unión contrajo matrimonio con la hija del duque de Hanover y tuvo por hijo, en 1657, a Federico Guillermo, primer rey de Prusia. Federico Guillermo casó con Sofia Carlota, de la que tuvo once hijos, entre ellos, la trisabuela de la actual reina Guillér-

mina. Después de él viene Federico II. Le sucedió su sobrino con el nombre de Federico Guillermo II y murió en 1797, dejando el cetro a Federico Guillermo III que reinó hasta 1870. Sus dos hijos ocuparon el trono: Federico Guillermo IV y Guillermo I, el emperador de 1871. Lo demás ya se sabe.

El ex kaiser Guillermo II está emparentado también por la línea materna, con otra antigua familia francesa: la de Guise.

Uno de los colaboradores de la "Enciclopedia", el caballero de Jancourt, afirmaba que si se poseyera la genealogía completa de cada familia, resultaría que hasta el último mendigo de las calles es descendiente de algún personaje ilustre... y viceversa.

Las obras de Rodin

Se ha hablado mucho últimamente de la autenticidad de las obras de Rodin. A este propósito se ha recordado la siguiente anécdota que hace diez años circulaban los malabugues en los estudios de escultura parisienses y que, probablemente, poco o nada tiene de verdad.

Rodin, que en un tiempo trabajó con el escultor Carrier Belleuse y después con el belga van Rasbourg, recurrió también a la ayuda de distinguidos colaboradores cuando había logrado fama.

Un fotógrafo italiano fué a visitar un día al autor de "Balzac" y le dijo:

—Ilustre maestro: deseo tomar fotografías de algunas de sus esculturas...

—¡Oh magnífico! Acompañe al señor a mi taller—dijo Rodin dirigiéndose a uno de sus ayudantes—para que saque fotografías de todo lo que quiera.

Llegado al taller, el fotógrafo se extasia ante un torso.

—¡Sublime! ¿Cómo se llama esta escultura?

—"La idea".

—¡Admirable! Voy a sacar una fotografía...

—Un momento: sólo el título es de Rodin. La obra ha sido ejecutada por el señor E...

—¡Qué lástima! Bien; veamos otra cosa.

A los pocos pasos, el hombre no pudo contener su admiración ante un fragmento de torso de mujer.

—¡Maravilloso! ¿Cómo se llama esto?

—También "La Idea".

—Lindo título. Voy a preparar la máquina.

—Pero sólo el título pertenece a Rodin. La obra es del señor L...

—Parece que tengo poca suerte... En fin, algo hemos de encontrar.

Poco después se detiene delante de un enorme bloque de mármol de donde surgía un pie.

—¡Sublime!... ¿Y se llama?...

—También "La Idea".

Se preparaba a tomar la fotografía, cuando su acompañante le advirtió:

—Sólo el nombre es de Rodin. La obra es del señor B...

—Lamentable... realmente lamentable... A lo que parece, en el taller del ilustre maestro no hay nada suyo. Me iré, entonces. Tal vez tenga más suerte otra vez.

La terapéutica del champagne

El champagne puede decirse que es hoy el único vino de uso corriente en terapéutica como medicamento indicado principalmente en las enfermedades agudas graves, con estado depresivo, sobre todo, cuando el estómago se muestra intolerante.

Por efecto de la cantidad de alcohol, que contiene es tónico y estimulante, y se puede emplear cuando conviene administrar alcohol como medicamento, el cual se administra siempre a dosis pequeñas. Desde este punto de vista el champagne da muy buenos resultados, asociado con las bebidas calientes, en los comienzos de un ataque de gripe. Las dosis pueden ser relativamente elevadas: tres o cuatro copas al día, pero después es menos útil y hay que abandonarlo rápidamente.

También como tónico y como estimulante obra en las infecciones graves desempeñando asimismo el papel de desinfectante, en el sentido de que contribuye a la alimentación de los productos nocivos, pues como todos los vinos blancos favorece el aumento de la orina, a condición de que el enfermo absorba una gran cantidad de bebidas variadas, aguas minerales y tisanas que permiten la acción diurética.

El champagne está indicado en la intolerancia del estómago. En ciertos casos de vómitos repetidos, en el curso de una enfermedad grave, el espumoso vino corta los vómitos gracias a su naturaleza gaseosa. Pero mientras que en los comienzos la cantidad de champagne absorbida puede ser relativamente elevada, en caso de vómitos o enfermedades muy graves hay que tomarlo a cucharadas, porque en grandes dosis sería inverso el resultado.

La acción antivomitiva del champagne se deriva de la gran cantidad de gas que contiene, y por esta causa es inútil emplear champagne que haya permanecido destapado, pero como es imposible impedir que el vino pierda fuerza al destapar repetidas veces la botella, se le puede suplir el gas perdido mezclándolo con agua de Seltz.

Como todos los medicamentos, el champagne no debe emplearse de un modo continuo como tónico ni como estimulante, porque llega a hacerse ineficaz e irritante.

Las armas del puerco-espín

Antiguamente existía la creencia de que el puerco-espín podía lanzar sus púas contra el enemigo que intentaba atacarle. Semejante hecho es puramente fantástico, pero, si es cierto que las púas de este animal son muy peligrosas.

Si se examina de cerca un puerco-espín muerto, puede comprobarse que las púas se desprenden con mucha facilidad. Un pequeño tirón basta para arrancárselas, y en esto precisamente consiste la fuerza defensiva del animal. Aunque el puerco-espín no lanza sus dardos, puede inferir a sus agresores, al más mínimo contacto, una herida mortal.

Las púas del puerco-espín, que los naturalistas consideran como pelos modificados, no sólo son aceradas, como agujas, sino que, además, son dentadas, y de ello resulta que cuando se clava la punta de una púa en una parte cualquiera del cuerpo, el único medio de retirar el dardo es sajar con un bisturí la carne de alrededor, o, si se trata de una pierna, o de un brazo, empujarla para que salga por el lado opuesto.

Como los osos, los linceos y otros enemigos del puerco-espín no tienen cirujanos a su disposición, si se ponen en contacto con el animal, y se retiran con media docena de púas clavadas en el cuerpo, no tardan en ver complicarse su situación. A cada movimiento, las púas se hunden más. Si encuentran hueso, se desvían y siguen su camino, y de este modo atraviesan todo el cuerpo, como algunas veces ocurre con las agujas, mas por lo general concluyen por interesar un órgano vital y matan a la víctima después de crueles sufrimientos.

Carreteras de barro cocido

Todos los viajeros que han querido visitar el Canadá en automóvil, conocen el malísimo estado de las carreteras de aquel hermoso país. Los ingenieros llevan mucho tiempo estudiando la cuestión a fin de construir a poco coste una buena red de caminos practicables para los vehículos, y parece que han descubierto ya un procedimiento práctico para llevar a buen fin tan importante obra. Van a establecer carreteras de tierra cocida dondequiera que lo permita la naturaleza arcillosa del terreno.

Explanada y nivelada la carretera, se ara el suelo profundamente, formando surcos paralelos separados por un espacio de un metro próximamente. Estos surcos se llenan de leña que se cubre con una espesa capa de arcilla. Después se pone otra capa de leña y se cubre todo con otra capa de arcilla.

Entonces se prende la capa inferior de leña y arde toda la masa. La arcilla, fuertemente calcada, se seca, se endurece y se cuece poco a poco. Una vez terminada la combustión se allana el camino con rodillos. La lluvia no abre surcos en esta clase de carreteras.

La resistencia del viento

Un tren, un buque, un vehículo cualquiera tiene que vencer la resistencia del aire desde el momento en que se ponen en marcha. El aire le resiste y por lo tanto le obliga a gastar cierta energía en vencer esta resistencia. Se ha calculado que con un vapor cada libra de presión ejercida sobre un pie cuadrado de superficie de la atmósfera absorbe una potencia superior a 200 caballos si el buque marcha a 23 nudos. Siendo la superficie de la superestructura del tipo de transatlántico más reciente, de unos 3.000 pies cuadrados, resulta que la potencia necesaria para vencer el viento es considerable.

El aumento de presión del viento

está en razón directa de la velocidad. En un tren que corre a razón de 32 kilómetros por hora, la resistencia total no pasa de noventa libras y bastan cuatro caballos de vapor para vencerla; pero si se dobla la velocidad del tren se cuadruplica la resistencia del viento y se necesita una fuerza ocho veces mayor. La resistencia llega a 318 libras y la potencia necesaria a 34 caballos. Si el tren triplica su velocidad, es decir, si corre a razón de 96 kilómetros en vez de 32, la presión sube a 615 libras y hay que oponerla 115 caballos de fuerza.

Esto explica el que para alcanzar una velocidad doble o triple no basta poner máquinas de doble o triple potencia. Cuanto más se corre mayor es la resistencia del aire y más fuerza absorbe.

Receta para casar hijas

Un padre que conocía por experiencia de una larga vida lo que vale en

Don Baltasar de Arandia

por CARLOS CORREA LUNA

Acaba de aparecer la 2.^a edición de esta amenísima e importante obra histórica premiada por el gobierno nacional.

PRECIO 2 \$ en todas las librerías

De su interés dan cuenta los capítulos que contienen: Preparativos de la aclamación de Carlos III en Buenos Aires.—Las fiestas.—Ceballos y Bucarelli.—El gobierno de Vértiz, Arandia en Potosí.—Los Escaladas.—La ilusión de la libertad comercial.—La noticia en el alto Perú.—El nombramiento.—Los corregidores y el repartimiento.—El crimen de García Prado.—Los embrollos de la Audiencia de Charcas, Don Baltasar en tierra de Chichas.—El señor corregidor. La increíble audacia de don Salvador Patzi y Pearnau.—Una terrible jornada.—Un almacén alto peruano en 1778.—La fuga de don Vicente de la Cueva y Saldaña. El siniestro humorismo de Patzi y Pearnau.—Un corregidor como no se había visto nunca. El modelo gubernativo de don Baltasar.—Los sucesos de Tarija.—La vuelta de García Prado.—La "venganza" de don Baltasar.—La última sorpresa.—Nota final.

LA LIGA DE LAS NACIONES



Francia. — ¡No faltaba más! ¿quieren que me quede con un escudo de papel y esa vecina?

(De "Le Rire".)

casa una mujer que no es objeto de lujo, queriendo casar a su hija, anunció que la dotaría con cien mil francos, y en seguida acudieron gran número de pretendientes.

Tras algunos informes, el padre se decidió por un joven comerciante, a quien, la víspera del enlace llamó a su despacho y le dijo: "Querido yerno: voy a entregarte el dote de mi hija", y sacó de su bolsillo un papel que leyó al joven:

Dote de mi hija

Educación esmerada, música, pose de dos idiomas, espíritu cultivado, recto y justo; esto bien vale veinte mil francos.

Mi hija no es coqueta, cualidad que no vale menos de veinte mil francos.

Sabe llevar una casa con orden y economía; de una ama de gobierno ha aprendido a guisar y sabe todo lo que conviene a la cocina; treinta mil francos.

No tiene el vicio de correr tiendas, no concurre a bailes, ni teatros, prefiere a todo su casa; por esto, diez mil francos.

Es hábil de manos para todas las labores de su casa, es activa y sabe hacerse su ropa; esto vale lo menos veinte mil francos.

Gusanos curiosos

Uno de los animales más extraños del mundo es cierto gusanito verde que se encuentra en las costas de Bretaña y de Normandía. En los días buenos y calurosos, cuando baja la marea, se ven en la arena miriadas de estos "convoluta paradoxa", pero en el momento que los toca el agua desaparecen bajo el suelo.

Su modo de vivir es muy extraordinario. Al nacer comen vorazmente plantas marinas diminutas, y al cabo

de una semana o cosa así se les llena el cuerpo de dichas plantas, y entonces los gusanos cesan de comer, dejando a las hierbas ingeridas el cuidado de nutrirlos. Las plantitas viven dentro de los gusanos lo mismo que fuera, pues sacan su alimento del aire que el gusano absorbe, pero cuando pasa cierto tiempo no bastan para satisfacer el apetito de sus aposentadores, y entonces éstos vuelven a comer plantas, mas como son extraordinariamente perezosos no comen de un modo regular, y mueren de inanición.

"Vida del almirante don Cristóbal Colón"

por FERNANDO COLON, su hijo

EXCELENTE EDICIÓN DE UNA IMPORTANTE OBRA HISTÓRICA
En un tomo de 300 páginas, impreso en papel fino

Precio: \$ 2.50 m/n.

En venta en las librerías de la Capital Federal
Los pedidos del Interior, acompañados de su importe deben ser dirigidos a

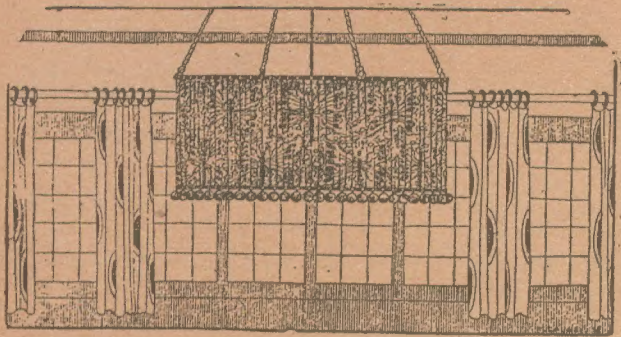
EDICIONES LEMARC

Montevideo 1088

Buenos Aires



Notas femeninas



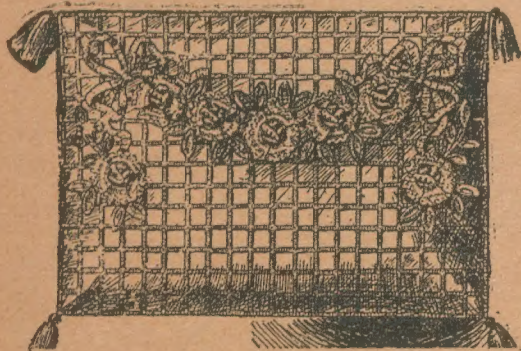
Cada día que pasa se ven nacer nuevas ideas para la decoración de los plafonniers eléctricos.

Ya os he hecho conocer varios modelos de los más lindos. Debo recordaros que el plafonnier de estilo clásico, hecho en grueso encaje al crochet y cuyo dibujo apareció en una de mis crónicas anteriores, ha sido uno de los que ha obtenido más éxito, según me consta.

Hoy todavía os doy dos modelos diferentes uno de otro y que tienen un encanto original. Copiarlos es cosa fácil, si no al pie de la letra, a lo menos en el espíritu del conjunto. Una cretona estilo Luis Felipe, o bien en seda a rayas, no resulta demasiado caro ni muy difícil proporcionársela. Si es de algodón o hilo, su adorno se hace en fleco de lana.

Ya que les hablo de adornos para amueblamientos, les llamo la atención sobre los pequeños visillos de muselina blanca que se ven en las ventanas detrás del plafonnier de la derecha. Tienen un adorno de orejitas hechas en cintas de lana o de seda, en tono azul fuerte y que también sirven para las abrazaderas de los costados. El efecto es de lo más modernista y bien en armonía con el estilo Luis Felipe del comedor. Pero pasemos a gustáis a la descripción del plafonnier que, como véis, es una especie de panneau con medallones pintados o estampados, e incrustados en la cretona o seda a rayas. Abajo lleva un fleco de perlas de colores.

El otro modelo es una linda seda pongé cereza estampada con un vuelo de lindas mariposas de diferentes tonos, en negro, amarillo y rosa. La seda va fruncida arriba y abajo, terminando con una hilera de perlas gruesas de madera a la orilla. Una gruesa cordelière de plata sostiene el plafonnier al techo.



Castilla crudo o en hilo de oro, sobre el cual de rosas? A cada una de las extremidades del almohadón va una borla de oro.

Le sigue a este bonito modelo un precioso cubretetera, hecho completamente al Richelieu. Está inspirado en el estilo Luis XV. El motivo central es una cesta llena de flores, sobre un fondo de bridas que forman cuadritos. En cambio las ramas laterales de hojas van reunidas entre sí por unas bridas a picots. Como todo va calado, tendréis la precaución de hacer el forro en un bello raso o pongé de seda en color rojo u oro viejo, con un picot de Cluny a la orilla. En la parte superior lo adornaréis con un artístico moño de seda, en el mismo tono que el forro.

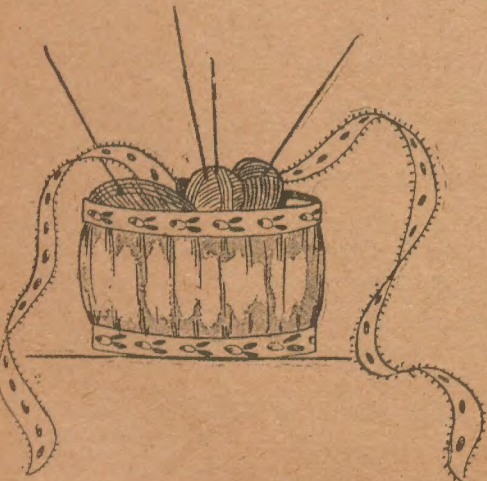
Sumamente original es el bajo vaso bordado que tan bien acompaña a estos bouquetiers tan de moda en estos momentos.

Para un vaso de porcelana azul de China, por ejemplo, haréis el bordado en tonos azules, negros y amarillos, sobre un redondel de moiré color marfil o en tela antigua de hilo blanco. Si el fondo es de seda tendréis que ponerle un forro de satin de algodón. A la orilla un punto de festón no muy apretado o simplemente una fina soutache, si no queréis tomaros la molestia de bordar el contorno.

Para guardar encajes o pañuelos tenemos una linda caja ovalada. Las mariposas están confeccionadas en satin naranja con aplicaciones hechas en terciopelo negro o violeta obscuro, y mide 0 m. 25 de diámetro por 0 m. 9 centímetros de alto. El interior va forrado con pongé de seda.

Debajo de esta caja tenemos una linda almohadilla o acerico de forma redonda en satin rubí, recubierta con una redecilla de oro viejo y provista de una guía de pequeños frutos hechos a mano.

La cestita para mesa de juego donde se guardan las fichas, es en fino mimbre recubierta de seda coulisée y adornada encima por una fruta en terciopelo pintado al gouache.

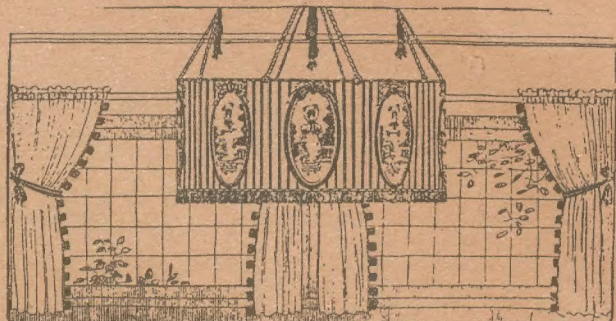


El lujo para adorar el interior de nuestro hogar permite todas las innovaciones.

Quieren algo de más elegante que este almohadón de satin rojo viejo, o bien azul noche, recubierto de un cuadrulado hecho al crochet en algodón perlé, hilo de serpiente una linda guía

La cesta para labores mide 0m. 30 de alto por 0m. 18 de ancho y es de seda color rubí bordada en negro arriba y abajo, o bien en tono oro con bordados violeta. Si queréis abreviar esta labor tomad una cinta modernista estampada, lo que os ahorrará el bordado y tendrá a su vez un cachet peculiar de buen gusto y de elegancia.

Para terminar esta crónica os voy a dar, queridas lectoras, unos modelos de encantadoras zapatillas y a explicaros cómo debéis hacerlas vosotras mismas. Para empezar cortaréis unas suelas en cartón que sea un poco duro, pero flexible, que se reviste con una franela por dentro y la parte de abajo con la piel de un guante viejo y largo. También podéis comprar estas suelas que se venden ya todas preparadas. Se toma una cinta de 10 a 15 centímetros de alto, que tenga el largo del contorno de la suela más dos centímetros para la costura del cierre sobre el talón. A la altura de dos centímetros de la cinta se cose una cinta angosta o un extrafort donde pasa un elástico que apretará la amplitud alrededor del pie. A cada costado se cose una que se anuda sobre el empeine. Se adornan estas lindas zapatillas con un ramito de rosas hechas a mano, colocadas a un costado, o bien con una borla encima de la zapatilla.



A. de DAUMONT.

Las mujeres juzgadas en el Japón

Las cuestiones feministas y femeninas son también de actualidad en el Japón. Los diarios y revistas más importantes dedican artículos en los que se compara a la mujer japonesa con la europea. He aquí algunas de esas opiniones.

La superioridad de la inglesa.

—Lo que más llama la atención en la mujer inglesa es su capacidad para expresar la emoción. El rostro es el principal vehículo de la emoción, y desde ese punto de vista las inglesas han sido bien dotadas. Tienen casi todas esos rasgos expresivos que en el Japón consideramos propios de las actrices. Las japonesas, con sus ojos pequeños, la nariz breve, la boca minúscula, tienen fisonomías poco expresivas. Cabe también decir que la exteriorización de las emociones ha sido en todos los tiempos estimulada en Europa y reprimida en el Japón. Todo concurre en esto a favorecer a la europea. Ella está casi siempre de pie, lo que hace los movimientos más ágiles, mientras la japonesa permanece la mayor parte del tiempo sentada. El vestido europeo se presta mucho más que el japonés para manifestar la individualidad. En lo que concierne a la expresión de la voz, es imposible a la japonesa pronunciar, con su boca minúscula, inflexiones delicadas. Su manera de hablar es, a menudo, un grito agudo. ¿Cuál es la mujer que satisface por completo a su marido, la que posee a la vez la ternura de la esposa japonesa y la inteligencia de la geisha? Las inglesas poseen, indudablemente, esa doble cualidad; por eso sus maridos hallan en su compañía el placer y el amor unidos a la dignidad y el respeto. —(Tozawa Koi, en "Jinbun.")

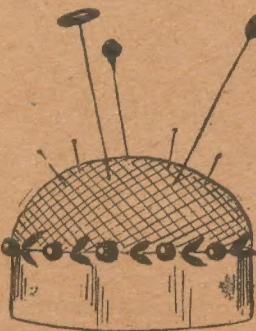
La mujer norteamericana.—Una breve conversación basta a la norteamericana para comprender los gustos y el carácter de su interior, y es esto algo que los invitados aprecian



sobre todo. No hacen muchas demostraciones al principio, pero tratan a un extraño con tacto y consideración. Además su actividad es algo increíble para las japonesas. Se ocupan de negocios, de oficinas; son profesoras, juristas, doctoras y hasta agentes de policía, invadiendo así lo que por mucho tiempo ha sido considerado como dominio exclusivo de las actividades masculinas. Y, sin embargo, son quizás aún más femeninas que las japonesas en su misión de madres y esposas. Sabiendo que son el centro de la felicidad doméstica, trabajan activa y alegremente.

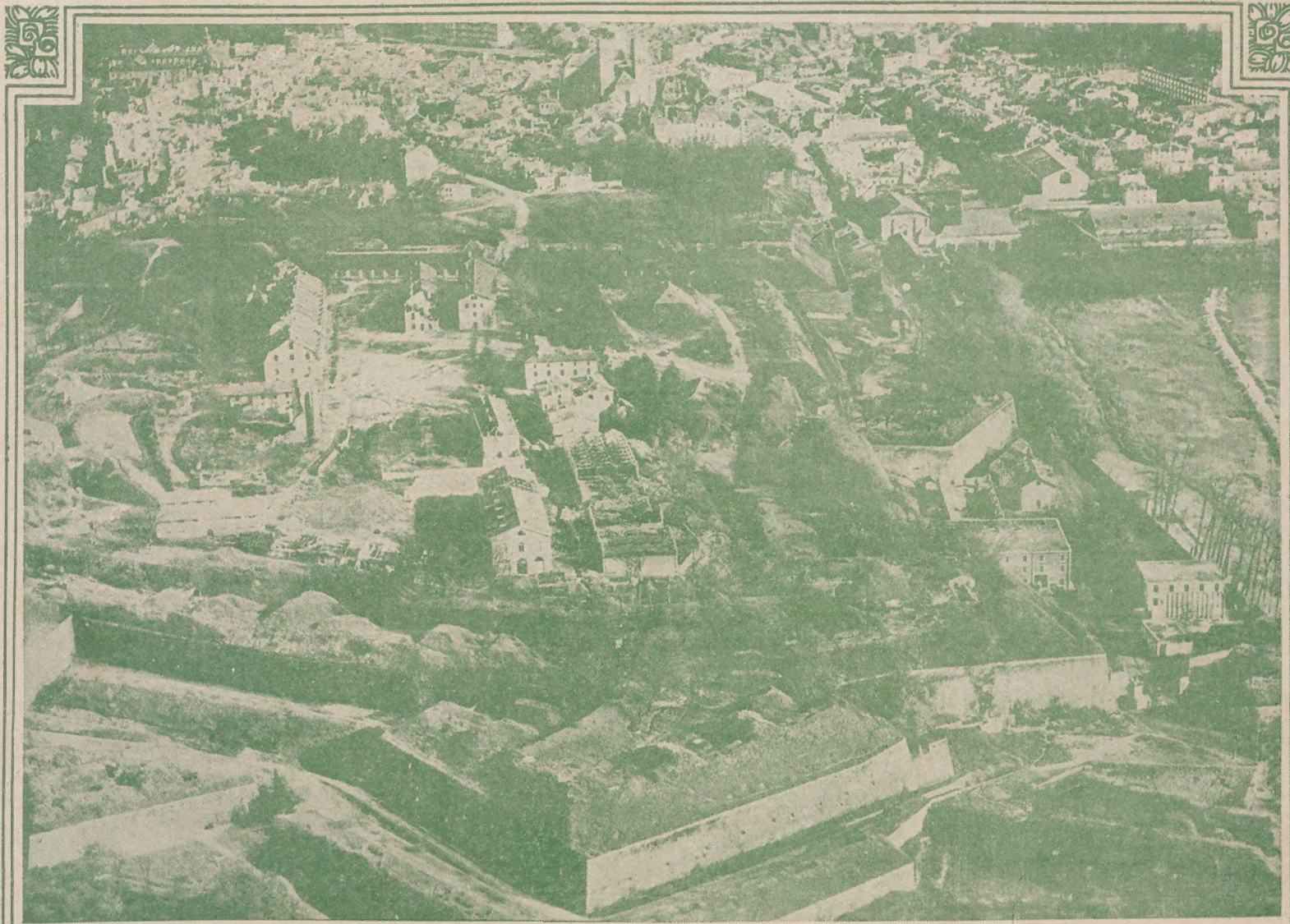
La dueña de casa inglesa.—La mujer inglesa consagra a cada una de sus ocupaciones un tiempo fijo y una hora fija, de modo que realiza mucho más trabajo que la japonesa que corre mariposeando por la casa durante todo el día. Después de un día bien ocupado, las primeras horas de la noche son dedicadas, en Inglaterra, a la vida de familia, y el inglés, que pasa en su casa una velada agradable, no necesita salir de ella en busca de un pasatiempo. La mujer japonesa, en cambio, es incapaz de sostener una conversación interesante, pues sus lecturas se han limitado a la novela sentimental de la última página de los diarios. —(Yasni Totsuka, en "Shufu no Tomo.")

La mujer japonesa.—Lo primero que llama la atención de los extranjeros que visitan el Japón es la gracia de las mujeres. En mi opinión, esta gracia se debe a la práctica de la danza japonesa, que es la más graciosa que existe. Desde este punto de vista, la mujer de ningún otro país es comparable a la japonesa. La segunda cualidad de ésta es la dulzura de carácter. Jamás levantan la voz, jamás salen de sus labios esas palabras groseras y violentas que se oyen tan a menudo en Norte América en las clases bajas y aun en las clases medias. Por último, el amor maternal de las mujeres japonesas es más fuerte y más tierno que el de las europeas. Pero la japonesa tiene también sus defectos. Uno de ellos es la falta de desarrollo intelectual. Sus intereses son tan limitados, que su conversación no puede adquirir más forma que la de murmuraciones sobre las vecinas. (Doctor Motoda, presidente de la universidad Rikkye).

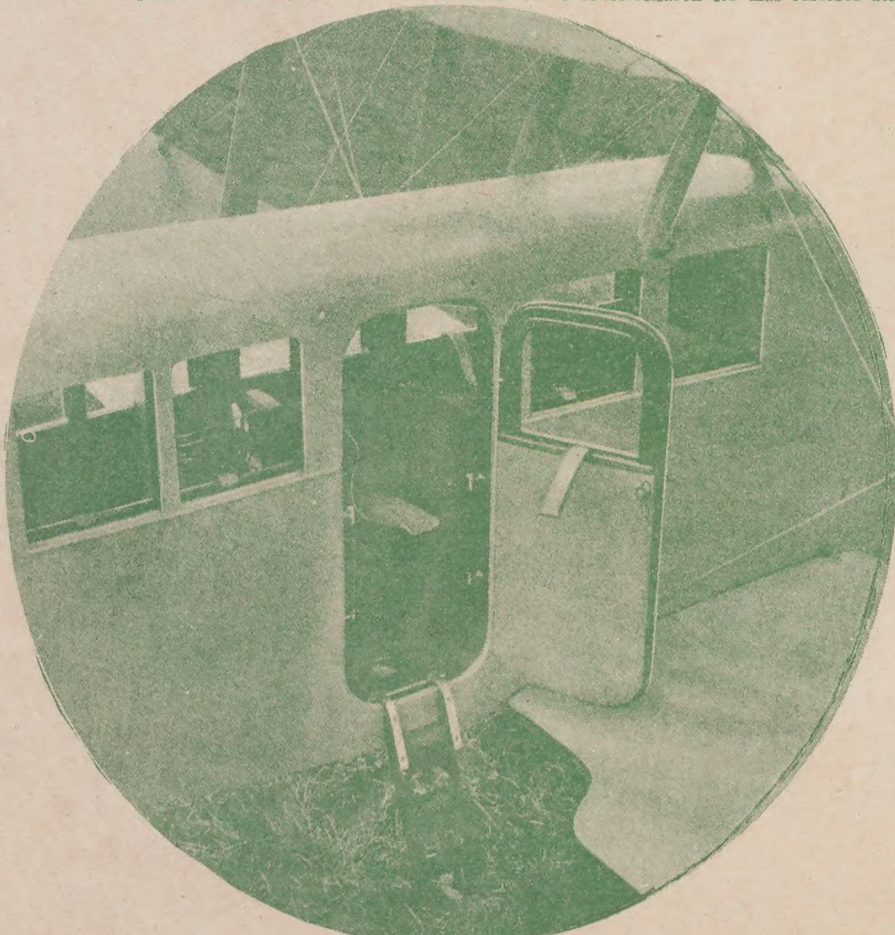




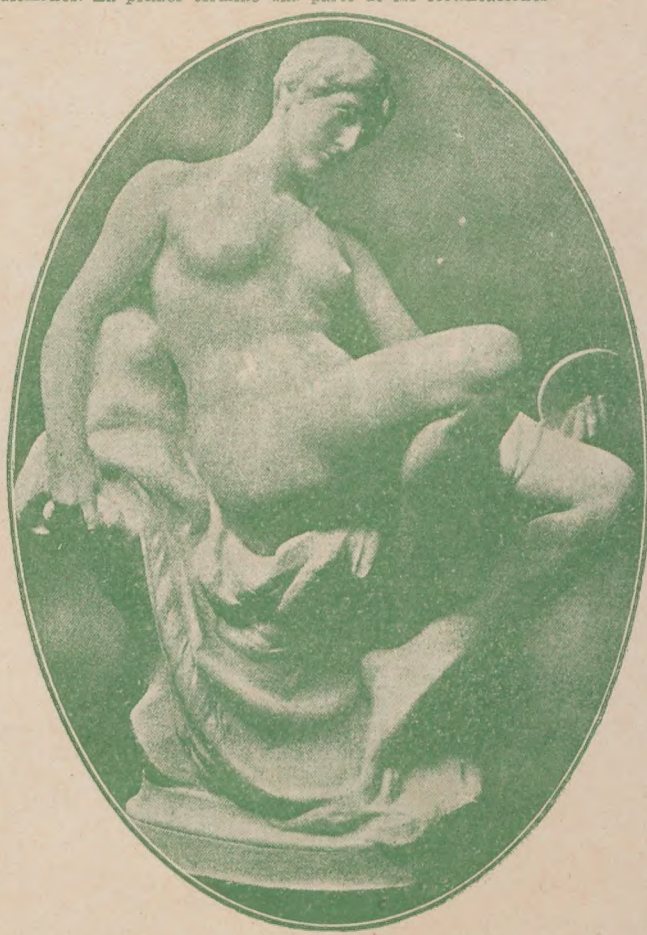
DE TODO UN POCO



"No pasarán" La heroica ciudad de Verdun donde se estrellaron los más furiosos ataques alemanes. En primer término una parte de las fortificaciones.



Un lujoso aeroplano de paseo que fabrica para los particulares una empresa norteamericana. El interior, con capacidad para tres o cuatro personas, es semejante al de un automóvil, con asientos tapizados, luz eléctrica y mesita para comer o jugar.



"La memoria", obra del escultor Daniel Chester French, que ha sido expuesta en las Galerías Knoedler, de Nueva York.

El ahorro ha sido para muchos la base de la fortuna. ¿Por qué no ha de serlo para Vd.?

\$ 1
basta
para
abrir
cuenta.



4%
de interés
capitalizado
trimestral-
mente.

The First National Bank of Boston

Bmé. MITRE esq. SAN MARTIN